9020

José Fernández del Villar

EL PRIMO

Comedia en tres actos, en prosa,

original

MADRID
Sociedad de Autores Españoles: calle del Prado, 24
1924

8

EL PRIMO

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Copyright, 1924, by José Fernández del Villar.

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

EL PRIMO

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel el 10 de abril de 1924

MADRID

Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

TELÉFONO 5-51 M.

1924

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elprimocomediaen1788fern

Sr. D. Vicente Barber.

Mi querido amigo: dedicarle a usted esta pobre comedia no es pagarle, ni mucho menos, las innumerables atenciones que de usted tengo recibidas, pero sí es hacer constar de una manera pública la gratitud que le guarda y el entrañable cariño que le profesa su leal y devoto amigo,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	Eloísa Muro.
LOLITA	María Bassó.
SOLEDAD	Mercedes Sampedro.
EL AMA	María Brú.
LA DALIA	Angelina Vilar.
DÁMASA	María Hurtado.
JOSEFILLA	Milagros García Guijarro.
CONCHA	Manolita Iglesias.
PERICO VERA	Nicolás Navarro.
DON CONSTANTE	José Calle.
DON MIGUEL	Pedro Sepúlveda.
MONECIPIO	Salvador Mora.
MAROMA	Antonio Suárez.
CAMPITOS	José María Gallardo.
BALAZO	Rafael Acebal.
VENENO	Pedro González.
RIBOT	Pedro Valdivieso.

La acción en Fontanares, pueblo imaginario de Andalucía.
Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Patio de la casa de Perico Vera, en Fontanares, pueblo imaginario que el autor sitúa en Andalucía. Al foro derecha, puerta cancela por la que se ve el zaguán, con portalón grande, que da a la calle. Al foro izquierda, la alcoba de Perico, y en el foro de la alcoba, una ventana con reja, cubierta por una cortina a listas. A la derecha, la puerta que da acceso a las habitaciones de la servidumbre. A la izquierda, primer término, otra puerta que pertenece al despacho de don Constante, administrador de los bienes de Perico Vera; y en segundo término del mismo lado, el arranque de una escalera, que se supone conduce a las habitaciones altas de la casa. En los rincones del patio, maceteros con plantas. Suelo de losetas blancas y negras. Toldo corrido. Sillas y butacas de rejilla, en mal uso. En primer término izquierda, una mesita, y sobre ella, un botijo. Las paredes del patio, desconchadas y pintarrajeadas, y el patio y la casa entera, en un lamentable estado de abandono y de suciedad. Es de día; una alegre y calurosa mañana de principios de julio.

—

(Al levantarse el telón, aparece en escena, sentada en una silla baja, de eneas, EL AMA, mujer de cincuenta y tantos años, pelo gris, expresión simpática y ojos vivos, que viste al modo popular de Andalucía, con arreglo a su edad y condición. En el momento en que se presenta ante nosotros, está ocupada en la ingrata tarea de quitarle las pulgas a un perrazo enorme, que aprisiona entre sus piernas. La puerta de la alcoba de Perico Vera, estará cerrada.

611803

Por el suelo del patio, se verán dos o tres botellas vacías, huesos de albaricoques, cabezas de gambas y de langostinos, colillas de cigarros y algún que otro pedazo de pan, y repartidos por las sillas, unos pantalones, una corbata y un puño almidonado y sucio; debajo de una de las mecedoras, una ensaladera.)

El Ama. (Al perro, que no cesa de moverse, deseoso de ir a engullirse los restos de comida que se ven por el patio.) ¡Estate quieto, *Adercrín*, estate quieto, que es por tu bien! Luego te comerás las sobras de la juerga de anoche, que por lo que se ve, debió sé er festín de don Bartasá. ¡Estate quieto! ¡Mía que te dejo las purgas y ya tienes pa rascarte tó er verano!... ¡Pobresito mío! Si esto no es un perro, es una casa de huéspedes de catorse reales. Por supuesto, ¿cómo va a está er perro, estando como está tó, que es una posirga? (Dentro, hacia la derecha, se oye un espantoso ruido como de platos que se rompen. El Ama, da un respingo, y el perro, otro.) ¡Ay! ¡Cataplúm! ¡En er bendito nombre der Señó! ¿Qué habrá sío? ¡Hasta er perro se ha asustao! (A voces, volviendo la cara hacia la derecha.) ¡Josefiya! ¡Josefiya!

(Dentro, hacia la derecha, se oye la voz de Josefilla.)

Josefilla. (Dentro.) ¿Qué quiere usté, Ama?

El Ama. (A gritos.) ¡Ven aquí! (Como hablando consigo misma.) Esa se ha empeñao en mudarnos, y nos muda.

(Por la derecha, sale JOSEFILLA, criada de la casa, descarada, alegre, joven y bonita, pero sucia y desgreñada, llena de mugre por donde se la mire.)

Josefilla. Mándeme usté.

El Ama. ¿Qué ha pasao?

Josefilla. Ná; no se apure usté, que no ha sío ná.

El Ama. Pero, ¿cómo ná?

Josefilla. Ná. Seis platos, dos tasas y la sopera grande. Totar, ná. Pa er ruío que ha sío, que ha paresío un terremoto, ná.

El Ama. (Levantándose airadamente, cogiendo al perro de la cuerda que lleva al cuello y apartando a Josefilla de su paso.) ¡Vamos, quita, quita de ahí! (Tirando del perro.) ¡Anda tú, enemigo! (Vase por la derecha.)

Josefilla. ¡Digo, la mujé! ¡Qué genio tiene! Es un raspadó.

(Por el foro, llega de la calle, MAROMA, un muchacho joven y bien plantado, criado de la casa y correveidile en los trapicheos de Perico Vera. Viste pantalón claro, guayabera de dril y sombrero ancho.)

Maroma. Güenos días, Josefiya.

Josefilla. Güenos días, Maroma.

Maroma. ¿Se ha levautao er señorito?

Josefilla. Toavía no ha resoyao.

Maroma. Pos son las dose.

Josefilla. Pos como si fuean las ocho. ¡No ha resoyao te digo!

Maroma. Verdá que se acostó a las seis, pero verdá también que yo me acosté a la misma hora, y a las diez ya estaba por ahí perjudicando ar sexo contrario.

Josefilla. (Con desprecio.) ¿Tú perjudicá, si de infelí que eres, no te crese er bigote?

Maroma. (Amoscado.) ¡Oye, tú!

Josefilla. (Con descaro) ¿Qué pasa?

Maroma ¡Que me crese!

Josefilla. ¡Eso quisieras! Como estás siempre ar lao der señorito, te has yegao a creé que eres como é, que toas las mujeres se lo rifan, y no tienes en cuenta, que pa sé tú como er señorito, te farta lo prinsipá.

Maroma. Escucha, Josefiya, y ¿qué me farta a mí?

Josefilla. Pos te farta lo que es causa de que a é se lo rifen; que no te pienses tú que er partío que tiene lo tiene por su beya cara, que lo tiene porque abiyela parné y sabe tirarlo a manos yenas; que en este caso espesiá, sí que se puede desí, que es oro tó lo que reluse.

Maroma. ¡Ah! ¿De mó que tú te figuras, que er señorito, si fuea un pobre como yo, no tendría metimiento con las mujeres?

Josefilla. Tendría er metimiento naturá de tós los hombres, pero no este í y vení de unas y de otras, que no paese sino que en er señorito se ha acabao er mundo.

Maroma. (Con voz de misterio.) ¡Que no te oiga é, que no te oiga é, porque si te oye y se propone chiflarte como las chifla a toas, antes de un año tienes pa poné una escuela, Josefiya!

Josefilla. ¿Yo?...

Maroma. ¡Y veinte que han valío más que tú! ¡Ahí está la Dalia, que se ha pasao la vía presumiendo de despresiá a los hombres, que hasta ar teniente *Veneno*,

ha despresiao, y ahora la ves peinándose er flequiyo con un abrochadó, loquita perdía por nuestro amo! ¡Si es mucho hombre er señorito! Las mira, y como si casara alondras con espejo; atontás las deja.

Josefilla. (Sugestionada por las palabras de Maroma.) Será que a mí no me ha mirao.

Maroma. Es que hase farta no tené ná que hasé pa mirarte a ti, Josefiya, con lo cochambrosa que vas.

Josefilla. (Picada.) ¡Ah! ¿Sí?

Maroma. ¿Cómo que sí? ¡Te cae una simiente en er vestío, y ar mes, te ha salío un árbo!

Josefilla. ¡Exageraó!

Maroma. ¡Pos, déjalo!

(Por la derecha sale EL AMA.)

El Ama. ¡Eso es! Vosotros aquí, de palique, y yo ayá dentro hecha una asacana. ¡A trabajá tó er mundo!

(Dentro, en la alcoba, se oye la voz de Perico Vera.)

Perico Vera. (Dentro.) ¡Ama!

Maroma. ¡Er señorito!

El Ama. ¡Er señorito!

Josefilla. ¡Ya se dispertó!

El Ama. ¡A vé qué quiere!

Perico Vera. (Dentro.) ¡Josefiya!

El Ama. (A Josefilla.) ¡Que te yama a ti!

Perico Vera. (Dentro.) ¡Maroma!

Maroma. ¡Que nos yama a tós!

Perico Vera. (Dentro.) ¡Mis pantalones!

Maroma. ¡Los pantalones!

Josefilla. ¿Dónde están los pantalones? (Los buscan precipitadamente por el patio.)

El Ama. (Dando con ellos.) ¡Aquí están los pantalones! (Entregándoselos a Maroma.) Toma. Entraselos tú.

Maroma (Entreabriendo la puerta de la alcoba.) ¿Se pué pasá? ¡Ahí van los pantalones, señorito! (Los tira hacia el fondo izquierda.)

Perico Vera. (Dentro.) ¿Y er chaleco?

Maroma. (A las mujeres.) ¡Er chaleco!

El Ama. ¡Er chaleco! (Buscándolo.) ¿Dónde está er chaleco?

Josefilla. En er corrá me paese que lo he visto esta mañana.

El Ama. ¡Pos vete por é!

Josefilla. ¡Ya mismito! (Se va corriendo por la derecha.)

Perico Vera. (Dentro.) ¡La corbata!

Maroma. ¡La corbata!

(El Ama la busca atropelladamente y, al fin, la encuentra.)

Perico Vera. (Dentro.) ¿Y los puños?

Maroma. ¡Los puños!

El Ama. ¿Dónde están los puños? (Dando con el que está sobre una silla.) Aquí no hay más que uno.

Maroma. ¡Busque usté el otro!

El Ama. Pregúntale dónde lo ha echao.

(Maroma se oculta de la vista del público, figurando que entra en la alcoba a bablar con Perico, y sale a poco.)

Maroma. ¡Que mire usté en la ensalaera!

El Ama. ¿En la ensalaera? ¿Será posible?

Maroma. ¡Mire usté! Cuando er lo dise...

(El Ama se agacha, coge la ensaladera que está debajo de la butaca, la destapa y se la enseña vacía a Maroma.)

El Ama. Aquí no hay ná. ¿Te convenses? ¡Por Dios benditol... ¿Cómo va a está un puño en la ensalaera?

Maroma. ¡Güeno, no se ponga usté así, que, después de tó, ná tendría de particulá! ¿No me encontré yo el otro día un escardiyo en la sopa?

(JOSEFILLA sale muy de prisa, por la derecha, con un chaleco en la mano.)

Josefilla. ¡Er chaleco! Aquí está.

El Ama. Trae. (Dándoselo a Maroma, en unión de la corbata y de los puños.) Toma. Yévaselo tó. (Maroma recoge las prendas de manos del Ama, entra con ellas en la alcoba y cierra la puerta tras de sí.) ¡Por María Santísima!... ¡Ni los gitanos viven así! ¿Cuándo querrá Dios que entre ésto en orden? Josefiya.

Josefilla. Mándeme usté.

El Ama. (Dándole la ensaladera.) Haz er favó de dejá ésto en la cosina y de traerte er cogedó y una escoba pa quitá de aquí tó esta basura, que da asco vé er patio.

Josefilla. Volando. (Se marcha por la derecha.)

El Ama. (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Señó, Señó, qué casa ésta!

(Por el foro llega de la calle DON CONSTANTE, administrador, como ya se ha dicho, de Perico Vera; solterón empedernido, hombre de unos cincuenta años, alto, enjuto, que viste pulcramente,

usa gafas y tiene el bigote entrecano recortado a la moda inglesa. Debajo del sombrero de paja lleva un pañuelo extendido, que le cae por la espalda, para preservarse la cabeza del sol; pañuelo que, al entrar en escena, se quita y con el cual se limpia el sudor que le corre por el rostro.)

Don Constante. Buenos días, Ama.

El Ama. Venga usté con Dios, don *Cortante.*

Don Constante. (Corrigiéndola.) ¡Constante, Ama, Constante!

El Ama. ¿Usté me ha entendío? Pos ¿pa qué más? Cá uno habla como sabe y puede.

Don Constante. Ante esa teoría... (Pasando la vista por el patio.) ¡Bien, hombre! ¡Qué limpio está el patio! ¡Se conoce que anoche hubo juerguecita!

El Ama Hasta serca e las seis, sí, señó; con las cupleteras der teatro, que no ha habío quien pegue un ojo en toa la casa.

Don Constante. ¡Mal camino, Ama, mal camino el de Perico!

(Por la derecha sale JOSEFILLA con una escoba y un recogedor de basura.)

Josefilla. ¡La escoba y er cogedó!

El Ama. Déjamelos ahí, que yo barreré. Y anda tú a tus cosas.

Josefilla. Lo que usté me mande. (Se marcha por la derecha, después de dejar en un rincón la escoba y el recogedor.)

Don Constante. (Sentándose con muestras de cansancio.) Estoy molido.

El Ama. ¿De dónde viene usté tan fatigao?

Don Constante. Del Sotillo, de las Moreras y de la Huerta del Arroyo.

El Ama. Y ¿a qué ha ido usté? ¿A cobrá los arquileres a los colonos?

Don Constante. ¡A intentar cobrárselos!

El Ama. ¿No han pagao?

Don Constante. Ni uno solo.

El Ama. ¡Várgame Dios! Y ¿qué disen?

Don Constante. Pues lo de siempre: que si la sequía, que si la cosecha, que si los pastos... ¡Pretextos! El verdadero origen de esta resistencia a satisfacer lo que deben, ya lo sé yo; pero ¿quién le pone remedio?

El Ama. ¿Perico?

Don Constante. Sí, Ama, sí. ¡Perico!

El Ama. Pero, güeno, atienda usté, don *Cortante:* ¿es que no va a habé quien le diga a ese niño lo que viene ar caso?

Don Constante. ¿Se lo dice usté, Ama?

El Ama. ¿Yo?... ¡Dios me libre!

Don Constante. Pues de mí digo lo propio. ¡Dios me libre! Si no he tirado ya por la calle de enmedio es porque considero que si mal va ahora la cosa estando yo encargado de la administración, peor iría si no lo estuviera. A mí aún me respeta y me teme—no en balde lo he visto nacer y no en balde llevo treinta años al servicio de la familia—; pero si entrase otro en mi lugar, ésto sería el puerto de Arrebatacapas.

El Ama. Yeva usté rasón, don *Cortante.* Son muchas juergas, y muchas comilonas, y muchos amigos gorrones los que vienen aquí.

Don Constante. Y muchas mujeres las que le gustan a Perico, y muy pocos años los veinticinco que tiene el mozo para encontrarse solo en la vida, con dinero de largo, sin padres y sin freno. Todo eso es verdad y todo eso es la causa de lo que sucede.

El Ama. La Dalia le debe de costá un riñón.

Don Constante. La Dalia le cuesta un riñón y Monecipio, el tío de la Dalia, le cuesta el otro riñón y parte del hígado; pero, así y todo, sería lo de menos, si fuesen sólo la Dalia y Monecipio los encargados de saquearlo.

El Ama. ¡Várgame Dios! ¡Várgame Dios! Y ¿usté no ve solusión a la cosa?

Don Constante. De momento, no; aunque ya he puesto los medios para encontrarla.

El Ama. Pos ¿qué ha hecho usté?

Don Constante. Por lo pronto escribir hace cinco días una carta a Madrid, al tío de Perico, mi señor don Miguel de la Vera y Bustamante.

El Ama. ¿Contándole lo que pasa?

Don Constante. Salvando mi responsabilidad ante la familia.

El Ama. Bien hecho.

Don Constante. Don Miguel goza de buena posición, es agente de Bolsa, persona honorable y entendida en números, y él, con conocimiento de lo que ocurre y con

la autoridad que le da su cercano parentesco, podrá hacer de Perico lo que ni a usted ni a mí nos está permitido.

El Ama. Y sí que lo hará, porque don Migué es un santo.

Don Constante. Por lo menos es un hombre cabal.

El Ama. No, señó; un santo. ¡Y si no que se lo pregunten a la familia der teniente *Veneno!*

Don Constante. (Corrigiéndola.) ¡Bermúdez, Ama, Bermúdez!

El Ama. ¿Usté me ha entendío con desí *Veneno?* ¡Pos basta y sobra! ¡Ha sío mucho lo que ha hecho don Migué por esa gente!

Don Constante. Con su cuenta y razón, después de todo; porque encontrándose viudo y con una hija, necesitaba para su casa precisamente lo que ha encontrado en Soledad y en Clara: una mujer de disposición que llevase el cargo de su hacienda y una compañera para Lolita.

El Ama. ¡Lo que usté quiera! ¿Pa qué vamos a discutí? Ahora, lo que yo no me explico es cómo doña Soledá, con el orguyo que tenía y su afán de sé siempre la primera en tó, se ha podío resirná a viví de limosna, recogía por lástima, en casa der que fué su antiguo pretendiente ¡No me lo explico, no me lo explico!

Don Constante. (Mirando su reloj y levantándose.) Ni yo dispongo de tiempo para explicárselo tampoco. ¿Ha venido el correo?

El Ama. Tres cartas y un parte le he dejao a usté sobre su mesa.

Don Constante. ¡Tres cartas!... Si alguna fuera la contestación de don Miguel... ¡Hasta luego, Ama!

El Ama. ¡Hasta luego, don *Cortante!*

Don Constante. (Corrigiéndola.) ¡Constante!

El Ama. ¡Que ya lo sé!

Don Constante. Es usted incorregible.

El Ama. Pero; ¿usté me ha entendío?

Don Constante. ¡Sí, mujer, sí!

El Ama. ¡Pos entonses!... (Don Constante hace un gesto de indulgencia y se va por la izquierda. El Ama toma la escoba y el recogedor y se dispone a barrer el patio.) Y vamos a quitá de aquí tó esta cascarria. (Mientras barre.) ¡Marranos! ¡Susios! ¡Cochinos! ¡El y los que le rodean! ¡Ay! ¡Qué ganitas tengo de que me toque la lotería!

(Y se va por la derecha, después de haber recogido la basura. Pausa. De la alcoba, salen, PERICO VERA y MAROMA. Perico, de quien ya casi se ha hecho la descripción en lo que va de diálogo, es un muchacho prematuramente acabado por el género de vida que hace; pálido, ojeroso, de mirada mortecina, pero de aire marchoso y de carácter violento y autoritario, muy abandonado en el vestir y en el aseo personal. La ropa que lleva, aunque se ve que es buena, está toda llena de lamparones.)

Perico Vera. De forma que tú, ¿cuándo la has visto?

Maroma. ¿No le digo a usté? ¡Esta mañana! Pasaba yo por su caye, eya estaba asomá a la reja y me yamó.

Perico Vera. ¿Y qué te ha preguntao?

Maroma, Pos que quiénes eran las cuatro *sulipantas* —palabras *tertuales*—que estuvieron aquí anoche de juerga con usté y con los cuatro *boqueras*—también palabras *tertuales*—de la cuadriya de usté.

Perico Vera. ¡Mardito sea er betún! Pero, ¿quién le ha podío í con er soplo, si de eso hase seis horas y eya se habrá acabao de levantá?

Maroma. Lo mismo me digo yo. Ahora, que como la Dalia es gitana... ¡Quién sabe! A lo mejó ha hecho un ensarmo esta madrugá y nos ha estao viendo.

Perico Vera. ¡Pamemas! Aquí hay un júas en la reunión y es presiso averiguá su nombre; pa escupirle en la cara y pa darle luego una patá y plantarlo en mitá del arroyo. ¡Es mucho cuento que no dé yo un paso der que esa mujé no se entere! ¡Me adivina hasta lo que sueño a media noche!

Maroma. Por eso yo, señorito, me permito insistí en lo mío; no es que nadie se lo diga, es que eya ve de largo.

Perico Vera. Y er tío, ¿también ve de largo? Porque el tío se sabe de memoria las copas que me bebo y los pitiyos que me fumo.

Maroma. Er tío no ve de largo, pero va de largo y no hay quien se la dé tan fásirmente. Tiene más dentro que fuera, y de conchas... ¡Es una playa, señorito! Un cuidao hase farta pa tratarlo... ¡Josú! Ayí estaba esta mañana cuando yo entré, sentao en la sala, en un butacón que era un despereso, cansao de no hasé ná; lo cuá que en cuanto me vió aparesé, fué y me dijo dise: —¡Hola, Maroma, me alegro de que vengas! ¿Tienes mucho que hasé ahora, hijo mío?—Porque ya sabe usté

er cariño con que trata a tó er mundo. Yo, pensando que me iba a mandá a argún recao y que me podía cae una propiniya, pos le dije digo:—¡No, señó!—Y entonses er, levantándose un poquito der butacón, y presentándome así el hombro izquierdo, me dijo dise:—¿No tienes ná que hasé, sentrañas? ¡Pos ráscame en esta paletiya! (Perico suelta la carcajada.) ¿Le paese a usté?

Perico Vera. ¿Y le rascaste?

Maroma. ¡A vé! ¡Diez minutos! Como er comé y er rascá tó es hasta empesá, le tomó er gusto y ni pa las ánimas me sortaba. ¡Limá las uñas me ha dejao!

Perico Vera ¡Es mu grasioso Monesipio! (Sentándose, de pronto y encogiéndose como si tuviera dolor de estómago.) ¡Ay!

Maroma. ¿Qué le pasa a usté?

Perico Vera. El estómago que me trae doblao. Anda a vé si hay por ahí un poco de bicarbonato.

Maroma. En su cuarto debe de está la caja.

Perico Vera. Pos tráetela. Y un vaso.

Maroma. ¡Como las balas!

(Maroma entra en la alcoba. Perico se aprieta el estómago con las manos.)

Perico Vera. ¡Ay!

Maroma. (Saliendo de la alcoba con un vaso y con una cajita de cartón que contiene bicarbonato.) Tenga usté.

Perico Vera. (Tomando la caja y volcando en una mano un poco de bicarbonato.) Trae; echa el agua.

Maroma. Ya mismo. (Echa agua del botijo en el vaso y se la ofrece a Perico.) ¡Vaya!

Perico Vera. Cuando me aprieta así, ni moverme puedo. (Se toma el bicarbonato y luego se bebe el agua; suelta el vaso sobre la mesita y le devuelve a Maroma la caja.) Ten ahí. Déjala donde estaba. (Maroma entra de nuevo en la alcoba. Perico se levanta y respira fuerte.) Menos má. ¡Ya respiro!

Maroma. (Saliendo de la alcoba sin la caja.) ¿Se pasó?

Perico Vera. A Dios grasias. ¡No hay medisina como ésta!

Maroma. Es que no pué sé, señorito, esas ensalaiyas e pimientos que usté se toma a las tres de la mañana, ni ese trasiego e mansaniya que se trae usté tó er día.

Perico Vera. ¡Qué sabes tú! Vorviendo a lo que hablábamos.

Maroma. Usté me dirá.

Perico Vera. Así es que la Dalia, según tú, está enterá a estas horas de que anoche hubo aquí cante y baile, hasta las seis. ¿No es eso?

Maroma. Eso mismo. Y que me ha dicho que lo que tardara en darle de armorsá a su tío era lo que tardaba en venir a verlo a usté pa armarle un escándalo.

Perico Vera. ¡Me la he ganao! Y lo peó es que no tengo los veinte duros de costumbre pa taparle la boca.

Maroma. (Mirando por la primera izquierda y en tono confidencial.) Ahí sale don Constante. Pídaselos usté: ¡Mano izquierda pa trastearlo y aproveche usté antes de que yegue la andovales!

Perico Vera. Está bien, Maroma. Se hará lo que se puea.

(Entra Maroma en la alcoba. Pausa. Perico se sienta, saca un pitillo y fuma. Por la izquierda sale DON CONSTANTE, con manguitos de oficinista y pluma de ave en la oreja. Se encamina hacia la derecha con un telegrama en la mano, pero al encontrarse con Perico en el patio, oculta el telegrama en un bolsillo y se detiene a saludar a su administrado.)

Don Constante. ¡Dios te guarde, mocito!

Perico Vera. ¡Salú, don Constante! ¿Qué cuenta usté de bueno?

Don Constante. ¿Contar? Nada, hijo. Aquí no queda que contar. Hace mes y medio que no ingresa un céntimo en la Caja.

Perico Vera. Pos eso sí que no pué sé.

Don Constante. ¿A quién se lo dices?

Perico Vera ¿No han pagao los colonos?

Don Constante. ¡Desgraciadamente!

Perico Vera. ¡Pos tienen que pagá, y si no que se vayan! No se figure esa gente que porque uno les tenga considerasiones y no les apriete como hasen los demás, eyos van a campá por sus respetos. ¡Güeno está lo güeno, pero hasta sierto punto! ¡Hay que cobrarles como sea! ¿Qué dinero le queda a usté?

Don Constante. Escasamente dos mil pesetas de la última venta de trigo que hicimos en mayo.

Perico Vera. Veinte mir dieron, ¿no?

Don Constante. Veinte mil.

Perico Vera. ¿Y quedan dos mir ná más?

Don Constante. No llegan.

Perico Vera. Es desí, que en menos de dos meses, ¿se han evaporao diesiocho mir pesetas?

Don Constante. Exactamente.

Perico Vera. ¡Pos no pué sé, don Constante!

Don Constante. Celebro que lo reconozcas.

Perico Vera. No pué sé, no pué sé. Hay que suprimí gastos, redusí en lo posible er tren de esta casa, despedí gente que pa ná sirve... ¡Diesiocho mir pesetas en menos de dos meses, son demasiás pesetas!

Don Constante. (Sacando de un bolsillo un librito de notas.) Aquí, en este librito, llevo apuntada la inversión de esa suma, que, si quieres, te puedo decir en un instante.

Perico Vera. ¿Pa qué? No le pido a usté cuentas, don Constante, ni se las he pedío nunca. ¡Es hablá!

Don Constante. Sin embargo, yo quiero dártelas ahora. Escucha.

Perico Vera. Si se empeña usté...

Don Constante. (Leyendo.) «Ingresos: veinte mil pesetas. Gastos: Entregado a Perico en veintitrés de mayo, nueve mil pesetas.»

Perico Vera. ¿Nueve mir pesetas a mí? ¡Ah, sí! Cuando me fuí a la feria de Córdoba. Y dos más que me giró usté ayí....

Don Constante. Justamente. Nueve y dos, once mil pesetas.

Perico Vera. Siga usté.

Don Constante. (Leyendo.) «Dado a Perico en seis de junio, tres mil pesetas.»

Perico Vera. ¡Tres mir, sí, señó; las mismas que se me yevaron en er Casino apuntando ar veintidós, que no salió en toa la noche!

Don Constante. (Leyendo.) «Al Ama, para los gastos de la casa, setecientas veinticinco.»

Perico Vera. ¿Ná más?

Don Constante. Setecientas veinticinco. Aquí está escrito. (Leyendo.) «Pago de una letra de Perico, mil ochenta y ocho, con treinta y cinco».

Perico Vera. La letra que tuve que firmá en Córdoba, pa podé venirme.

Don Constante. (Leyendo.) «A Monecipio, de parte de Perico...»

Perico Vera. Doscientas; lo recuerdo.

Don Constante. (Leyendo.) «A Balazo, ídem, ídem...»

Perico Vera. Ochenta duros.

Don Constante. (Leyendo.) «Cuatrocientas pesetas. A Perico, en veinte de junio, seiscientas. Pago de la servidumbre, ciento cincuenta. Arreglo del molino de

aceite, setecientas. A Perico, en cinco de julio, o sea ayer, trescientas pesetas. Total, dieciocho mil, ciento sesenta y tres con treinta y cinco. Restan, mil ochocientas treinta y seis, sesenta y cinco.» Es decir, que quitando lo de la casa y la compostura del molino, que asciende a mil quinientas setenta y cinco pesetas, lo demás te lo has llevado tú bonitamente. Huelga el comentario.

Perico Vera. (Fingiéndose un poco avergonzado.) ¡Está bien!

Don Constante. Si después de esto, crees que deben reducirse la servidumbre y suprimirse gastos, pongo mi cargo a tu disposición, como primera medida económica.

Perico Vera. ¡Por Dios, don Constante! No me ofenda usté ni tome a mar sentío mis palabras. Yo es que no sabía...

Don Constante. ¿Que no sabías?... ¡Pues bien que te lo digo a diario!

Perico Vera. Sí, señó; pero es que uno, hasta que no lo ve así, parpable... Hay que variá, y yo le prometo a usté enmendarme. ¡Se lo prometo! ¿Dise usté que no le quedan más que mir... no sé cuantas pesetas?

Don Constante. (Mirando el librito.) Mil ochocientas treinta y seis, sesenta y cinco.

Perico Vera. ¡Güeno está! Pos deme usté er pico y haremos cuenta redonda.

Don Constante. (Asombrado.) ¿Eh?

Perico Vera. ¡Que me dé usté er pico!

Don Constante. (Sin acabar de comprender.) Pero, ¿cómo? ¿Los sesenta y cinco céntimos quieres?

Perico Vera. ¡No sea usté guasón! ¡Las ochosientas treinta y seis!

Don Constante. ¡Pero, hijo!...

Perico Vera. Le dejo a usté mir, y con lo otro yo me apañaré hasta que le cobre usté a los colonos.

Don Constante. (Resistiéndose.) Pero...

Perico Vera. (A voces, cogiéndole la acción.) ¡Porque hay que cobrarles o echarlos! ¿Se entera usté? Y si no quieren pagá, pos se le avisa ar juez pa que les embargue. ¡Con nosotros no juegan! ¡Eche usté pa acá las ochosientas! (Don Constante va a hablar, pero Perico le ataja.) ¡Soy otro, don Constante, voy a ser otro! Yo no estaba bien enterao, pero... ¡ni usté va a conoserme! ¡Suerte usté las ochosientas!

Don Constante. (Acorralado por Perico, se echa mano a la cartera y saca un billete de quinientas pesetas y tres de cien.) ¡Ahí van, hijo; ahí van! Después de todo, tuyas son.

Perico Vera. Y desde hoy, va a andá aquí tó er mundo más derecho que una vela. ¡Se acabaron las contemplasiones! (Con los billetes en la mano.) ¡Fartan las treinta y seis, con los séntimos!

Don Constante. (Sacando del bolsillo del chaleco siete duros, una peseta y sesenta y cinco céntimos.) Ahí van también.

Perico Vera. ¡Soy otro, don Constante!

Don Constante. (Sin salir de su asombro.) ¡Ya lo veo, ya!

Perico Vera. ¡Ni usté va a conoserme!

Don Constante. (Achicado ante la frescura de Perico.) Cuando tú lo dices.. (¡Pues señor, bien!... ¡No me había pasado nunca! ¡No tiene remedio, no tiene remedio! Como su tío no lo arregle...) (Y se va por la derecha, refunfuñando.)

Perico Vera. (Con cara de satisfacción.) ¡Listo! (Refiriéndose a don Constante.) ¡Lo he dejao de un aire!... ¡Maroma!

Galade F.

(De la alcoba, sale MAROMA.)

Maroma. ¡Presente, señorito!

Perico Vera. Sácame er sombrero.

Maroma. Pero, ¿va usté a salí? ¿No espera usté a la Dalia?

Perico Vera. Voy a vé si la cojo en su casa, antes de que venga.

Maroma Ha sudao don Costante, por lo visto.

Perico Vera. (Enseñándole los billetes que tiene en la mano. ¡Fíjate!

Maroma. ¡Es usté un águila, mi amo!

Perico Vera. ¡Sácame er sombrero!

Maroma. ¡A las volás! (Entra en la alcoba.)

Perico Vera. (Guardándose el dinero.) ¡Más grande soy que Monesipio!

Galade sombrero. F.

(De la alcoba, sale MAROMA con el sombrero de Perico, un castizo cordobés de amplias alas.)

Maroma. ¡Vaya la panera!

Perico Vera. (Poniéndose el sombrero.) Y quéate con Dios. Si vienen los amigos, que me esperen, que yo no tardo.

(Perico se dispone a salir a la calle, a tiempo de que por la puerta del foro entra en escena BALAZO, un muchacho de veintitantos años, moreno, recio, mimbreño, con cara de granuja, que viste pintureramente.)

Balazo. ¿Te vas?

Perico Vera. ¡Hola, Balaso! Sí que me iba; pero vuervo en seguía. Aguárdame aquí, y si viene Campitos, que no se vaya, que la partía de carambolas no se la perdono.

Balazo. Oye, Perico, ¿yevas ahí veinte duros?

Perico Vera. ¿Pa qué los quieres?

Balazo. Déjamelos, que luego te contaré...

Perico Vera. ¿Y los veinte que te dí ayé?

Balazo. ¿Dónde estarán ya? ¡Déjamelos, hombre, que ya te explicaré!...

Perico Vera. (Sacando un billete de cien pesetas del bolsillo.) Como quieras. ¡Ahí van! (Le da el billete y se marcha por el foro.)

Balazo. Y grasias. ¡Que no tardes!

Maroma. (A Balazo, señalándole al billete.) ¿Cayó er de hoy?

Balazo. ¡A vé! (Se lo guarda.)

Maroma. La verdá, don Sarvadó, que usté ha encontrao una mina con mi amo.

Balazo. Justo es que quien lo tiene lo dé a quien no lo tiene, Maroma.

Maroma. Eso también es verdá.

Balazo. ¿Te ha dicho Perico adónde iba tan deprisa?

Maroma. A en cá e la Dalia.

Balazo. ¿Pasa argo?

Maroma. Pasa que ya sabe lo de anoche.

Balazo. ¿Qué me estás disiendo, Maroma?

Maroma ¡Lo que usté oye, señorito!

Balazo. ¡Es particulá esto!

Maroma. ¿Que si es particulá? ¡Es pa vorverse loco! Tanto que er señorito Pedro cree que no tiene más remedio que habé un chivato entre los mismos amigos de su reunión.

Balazo. Y ¿de quién sospecha? ¿Lo sabes tú? ¿Acaso der Cañas?..

Maroma. ¡Quién sabe!

Balazo. ¡Y er Cañas pudiera sé! No vas descaminao.

¡Mal asunto este de la Dalia pa tu amo! No le va a proporsioná más que dijustos.

Maroma. Lo mismo le he dicho yo.

Balazo. Se la pudo dejar ar teniente *Veneno*...

Maroma. ¡Y yeva usté rasón! ¡Porque esa es otra! Se ha cargao con la enemistá de ese hombre que, dígase lo que se quiera, es er comandante der puesto de la Guardia siví y un tío de malas purgas que no pierde ocasión en que buscarle la boca. Y aunque er señorito Pedro es mu prudente y evita el encontrárselo, pos un día caen mar las pesas y ya tiene usté armao un joyín que va a ardé medio Fontanares. Yegá la hora de la verdá, si echao pa alante es er teniente, echao pa alante es er señorito.

Balazo. Regulá de echao pa alante, Maroma. ¡Las cosas en su punto! Yo sé que le ha tomao jinda a *Veneno* y que se mete en una arcantariya si lo ve venir por mitá e la caye.

(Por la derecha sale DON CONSTANTE, seguido de EL AMA. Vienen hablando como si continuaran una conversación.)

Don Constante. Conque ya lo sabe usté, Ama.

El Ama. Pero, ¿vienen tós?

Don Constante. (Imponiéndole silencio con un ademán y hablándole en voz baja.) ¡Silencio, que hay visita y de esto no conviene que se entere nadie hasta que estén aquí!

El Ama. (Bajando la voz.) Pero ¿vienen tós? Le he preguntao a usté.

Don Constante. Todos, mujer, todos; ya se lo he dicho. Si viniera sólo don Miguel con Lolita lo sabríamos, pero cuando el telegrama dise salgo en automóvil con la familia es que son todos: Soledad, Clara, don Miguel y la niña. Contando con el chauffeur son cinco camas las que hay que preparar.

El Ama. Estamos conformes. (Volviéndose hacia la puerta de la derecha.) ¡Josefiya!

(Por la derecha aparece JOSEFILLA.)

Josefilla. Aquí estoy.

El Ama. Vente conmigo pa arriba. (Echan a andar las dos hacia la escalera y don Constante hacia su despacho.) Y subetú también, Maroma.

Maroma. ¿Ha caío que hasé?

El Ama. No tós los días van a sé de fiesta, gandú.

Maroma. (A Balazo.) Pos con el permiso de usté, don Sarvadó.

El Ama. ¡Deja a Balaso, que ya encontrará con qué distraerse! (Se va por la escalera con Josefilla y Maroma.)

Balazo. ¡Se saluda a las personas, don Constante!

Don Constante. (Volviéndose y después de mirarlo de arriba a abajo.) ¿Y estás tú en la equivocación de que eres persona? (Y con la dignidad de un príncipe entra por la primera izquierda.)

Balazo. (Conteniendo un movimiento de acometida.) ¡Este viejo sorro!... ¡Le voy a dá un día un metío!... No me puede vé ni en pintura. Ni yo a er, por supuesto!

(Por el foro, entra en escena LA DALIA. Es una mujer de veinticinco años, plena de belleza, morena, agitanada, con los ojos negros y profundos. Viste al modo popular.)

La Dalia. ¡Hola, hombre!

Balazo. ¿Tú aquí, chiquiya?

La Dalia. ¿Qué te sorprende, si es consejo tuyo?

Balazo. ¡Habla bajo!

La Dalia. ¿Qué pasa?

Balazo. ¡Que te pueden oí y ni a ti ni a mí nos conviene que en esta casa sepa nadie que yo estoy conchavao contigo!

La Dalia. ¡Ay, éste! Y ¿quién lo va a sabé? ¿Lo vas a desí tú? ¿Lo voy yo a desí?

Balazo. Y sin desirlo ninguno de los dos, Perico ya está con la mosca en la oreja de que arguno de sus amigos tiene que sé quien te va a ti con er soplo de toas sus cosas.

La Dalia. ¡Eso varía!

Balazo. Yo, por er pronto, le he cargao er muerto ar Cañas, pero de aquí en adelante, hay que andarse con pies de plomo, si no queremos que tó er tinglao montao se nos venga abajo.

La Dalia. Te arvierto que lo der chiquiyo no se lo cree Perico, ni en crú que me ponga.

Balazo. Ya se lo creerá cuando yegue er caso. Con la muje der *Compadre*, que va a da a lú er mes que viene, ya tengo yo tratao er que nos preste er crío, si hiciera farta. ¡Er pego se lo damos! Y en cuanto que le

saquemos los veinte mir duros, tiramos tú y yo pa otras tierras y er mundo va a ser chico pa nosotros, Angustias.

La Dalia. Te estás jugando la cara, Sarvaoriyo.

Balazo. (Mirándola amorosamente.) ¡Por ti me juego yo er corasón!

La Dalia. ¡Miá que si Perico se enterara de ésto!

Balazo. Ese no se entera de ná. ¡Si es un primo!

La Dalia. Y ¿dónde está?

Balazo. Pos a tu casa me ha dicho Maroma que se fué.

La Dalia. ¿A mi casa, si yo vengo de ayí ahora?

Balazo. A no sé que se haya entretenío en er camino... ¡Ah, güeno, escucha aquí! Tú, hoy, con menos de quinientas pesetas no te das por conforme.

La Dalia. ¡Mucho dinero es ese, Sarvaó!

Balazo. Yo nesesito cuarenta duros pa pagá una trampa de juego de ayer tarde y como tu tío, además, se yama a la parte en toas estas cosas, pos pa que te quede a ti argo, ¿qué menos que quinientas pesetas? Tó lo que sea rebajá de ahí, va en perjuisio tuyo.

La Dalia. Güeno, y ¿qué hago? ¿Lo espero, me vuervo a mi casa?...

Balazo. Espéralo. Si ha ido a tu casa y no te ha encontrao, aquí vendrá. ¿No está ayí tu tío?

La Dalia. Mi tío venía conmigo; sólo que como es tan carmoso pa andá, se ha quedao a una legua.

Balazo. ¡Ya me extrañaba a mí no verte con é! ¡Er gachó siempre a la mira, no se la vayamos a dá con queso! ¡Más interesao es que un niño chico!

La Dalia. ¡Consejá que ha sío! ¡Carcula tú!

Balazo. (Mirando hacia la puerta del foro.) ¡Ahí lo tienes ya! (Y se sienta en una mecedora. Por la puerta del foro aparece MONECIPIO, dando muestras de llegar fatigadísimo. Es hombre de unos cuarenta y cinco años, de tipo gitano, que presume de finura y de modales. Lleva un traje claro y en la mano un magnífico pavero de anchas alas. Habla melosamente.)

Monecipio. ¡Camará, Angusticas!... ¡Eres un cohete, hija mía! ¡Ni un artromóvi te gana! ¡Siempre paese que vas por er santolio!

La Dalia. Lo que yo no voy es pisando güevos como usté.

Monecipio. Un día das un traspiés, se te insendia er motó y no quean de ti, ni la pavesas. ¡Chorreandito

vengo!... ¡Y con er día que jase que se respira fuego! No tienes en cuenta que mis años no son los tuyos. ¡Déjame ahí, Balaso, que descanse unas miajas!

Balazo. Pa descansá, lo mismo se descansa en una siya.

Monecipio. ¿Dónde has leío tú eso, corasón?

Balazo. (Levantándose.) ¡Güeno va! Tenga usté la mesedora. Usté, como no esté tendío, no está a gusto.

Monecipio. ¡Y que lo digas! ¡Tendío!... ¡Qué posición!... Asina deben está los ángeles en er sielo. Yo no consibo que la gloria puea ser más que un salón mu grande, que dé güertas, tó enguatao de plumas y de miraguano y que, caiga uno der lao que caiga, siempre esté acostao. (Inclinándose hacia la derecha.) Que pa aquí... ¡Acostao! Que pa acá... (Inclinándose hacia la izquierda.) ¡Acostao! Argo así como er tubo de la risa, pero sin tanto movimiento.

La Dalia. ¡Hay que vé, Señó! Si la afisión que ha sacao usté pa descansá, la saca pa er trabajo, se hase usté solo la catedrá de Seviya.

Monecipio. (Sentándose en la mecedora.) ¡De pensarlo ná más, me dan suóres! (Y se retrepa y se queda en una actitud inmóvil. Cuando habla no mueve más que los ojos.)

Balazo. Lo que debemos hasé, si les parese a ustés, es meternos en er cuarto de Perico hasta que ér venga.

Monecipio. A mí no me hables de moverme.

Balazo. Estamos aquí ar paso de la gente de la casa y ya saben ustés que a Pedro no le gusta que les vean a ustés los criaos.

Monecipio. ¿Se deshonra er señorito?

Balazo. No es eso, pero comprenda usté, Monesipio, que luego tó son habliyas y como, ar fin y ar cabo, Angustias es lo que es de ese hombre...

Monecipio. ¡Y a mucha honra que lo sea! No te orvides tú de que Angustias es mi sobrina y de que yo he sío consejá del Ayuntamiento de Fontanares, que, aunque suspendío en su cargo por er nuevo gobierno, puede mirá ar só cara a cara.

La Dalia. Usté podrá mirá ar só como quiera, títo, pero la rasón es la rasón.

(PERICO VERA, entra por el foro.)

Balazo. ¡Aquí está ya Perico! (Y va a sentarse junto a Monecipio, al otro lado de la mesita.)

Carbonell
F

Monecipio. ¡Menos má que no he yegao a moverme!

Perico Vera. (A la Dalia.) ¡Hola!

La Dalia. (En tono desabrido.) ¡Adiós!

Perico Vera. De tu casa vengo.

La Dalia. (Con sorna.) Has debío da la güerta ar pueblo pa í a mi casa, porque de mi casa direrta he venío yo aquí y no te he encontrao en er camino.

Perico Vera. Como no sea er tiempo que me he entretenío en la peluquería, que ar pasá me yamó don Cristóba, que se estaba afeitando, pa hablarme de la compra de unos trigos...

Monecipio. Y eso debe sé, hijo mío; no te esfuerses. Ya conoses a ésta lo súpita que es.

La Dalia. ¡Como usté no lo aguanta!...

Perico Vera. (Acercándose amorosamente a la Dalia y cogiéndole una mano.) Pero vamos a vé, chiquiya, ¿qué quejas tienes tú de mí?

La Dalia. (Rechazándolo.) ¡Déjame!

Balazo. (En tono confidencial a Monecipio.) Creo que ha yegao er momento de irse, Monesipio.

Monecipio. (Cerrando los ojos.) ¡Hazte er dormío!

Balazo. (Levantándose con indignación y presa de los celos.) ¿Yo?... (¡No pueo verlo con eya!) (Y entra en la alcoba de Perico y se asoma a la reja.)

Perico Vera. (A la Dalia.) ¿Qué es lo que tú quieres?

La Dalia. Pos quiero que me digas de una vé por quién me has tomao; que si te piensas que te voy a soportá er que a ca instante me hagas de menos por unas y por otras, estás equivocao; pero, vamos, que equivocao der tó.

Monecipio. (Con los ojos cerrados y sin moverse.) ¡Modales, Angusticas!

Perico Vera. Y ¿a qué viene esa rosiá, si se puede sabé?

La Dalia. A que no está dispuesta la hija de mi madre a que tú te marches de mi casa a las ocho diciendo que vas a acostarte, porque te duele la cabesa, y luego sepa yo que te estás de juerga y de jarana con cuatro pingos pregonaos hasta que clarea er día. ¿Te enteras? ¡Que vargo yo demasiao pa que tú me pisotees de esa forma, charrán!

Monecipio. ¡Modales, Angusticas!

Perico Vera. Y eso ¿quién te lo ha dicho?

La Dalia. Quien a ti no te importa.

Perico Vera. ¡Me importa, pa partirle la cara ar que sea, por bocón y por embustero!

La Dalia. ¿Lo vas a negá?

Perico Vera. ¡Lo niego!

La Dalia. ¿Tendrás er sinismo de negarlo?

Perico Vera. ¿No te digo que lo niego?

La Dalia. (Amenazadora.) ¡Miá, Perico, que soy capaz...!

Monecipio. ¡Modales, Angusticas, modales! Acuérdate, hija mía ..

La Dalia. (Atajándole.) ¡De que ha sío usté consejá del Ayuntamiento, sí, señó! ¡De tanto como me lo sé, lo tengo orvidao!

Monecipio. ¡Por eso te digo que te acuerdes!

La Dalia. Pero aunque hubiera usté sío, no digo ya consejá, sino arcarde, lo que es a mi personita gitana no le hase pasá más berrinchines un gachó que no se merese ni er cariño que he puesto en é ni las lágrimas que yevo derramás. (Finge que llora.)

Monecipio. ¡Eso es aparte!

Perico Vera. (Queriendo consolarla.) Pero, ¡Angustias!...

La Dalia. (Con enojo.) ¡Déjame!

Perico Vera. (A Monecipio.) ¿Usté no ve? ¿Hay derecho a ésto?

Monecipio. (En voz baja a Perico.) ¡Ya la conoses! ¡Su genio! En cuanto le enseñes la lú, como si echaras agua ar fuego. ¡Un carmante!

Perico Vera. ¡Güeno está, chiquiya! ¡Ven acá! (Sacando del bolsillo un billete de veinte duros y yéndose con él en la mano hacia la Dalia, que está sentada, con la cara vuelta hacia la derecha y en actitud airada.) ¡A vé si así te convenses de que yo no quiero a nadie más que a ti y de que tó lo que te hayan podío contá son infundios! (Metiéndole el billete en la mano.) Ten, pa que te compres un vestío.

La Dalia. (Mirando el billete con desprecio.) ¡Ya estás con los biyetes! Siempre refregándole a una tus riquesas. ¡Y veinte duros!... ¡Guárdatelos! Te vas a arruiná. (Devolviéndole el billete a Perico.) ¡Yo no quiero ná tuyo! ¡Otras cosas pido yo, que no dinero!

(Perico interroga con la mirada a Monecipio. Este le hace señas de que se aproxime a él, y Perico lo hace llevando en la mano el billete devuelto por la Dalia.)

Monecipio. (Al oído de Perico.) ¡No le hagas caso! ¡Cuestión de dosis! (Arrebatándole el billete, como si fuera a curiosearlo.) ¡A vé!... ¿Es de los nuevos? ¿De la serie sé?

(Metiendoselo en el bolsillo.) ¡Déjamelo, que hago colersión! ¡Guárdame los que tengas!

Perico Vera. ¡Don Rafaé! ..

Monecipio. ¡Déjamelo, hombre, que a ti te sobran y a mí me fartan!

Perico Vera. ¡Güeno va!

Monecipio. (Señalándole a la Dalia.) ¡Y fíjate en aquéya y auméntale la dosis!

Perico Vera. (Resignándose.) ¡Está bien!

La Dalia. ¡Mentira paese que haya una despresiao a tanta gente y sacrificao tantas cosas pa resibí este pago.

Perico Vera. ¡Pero, Angustias! ..

La Dalia. (Con mal modo.) ¡Que me dejes!

(Perico torna a interrogar con el gesto a Monecipio.)

Monecipio. (Con voz queda.) ¡Carga er papeliyo!

Perico Vera. (Sacando del bolsillo el billete de quinientas pesetas que le dió don Constante y yéndose con él hacia la Dalia, decidido a todo.) ¡Pero, chiquiya, ven aquí! (Obligándola a levantarse y a que lo mire.) ¡Mírame y dime en qué te he podío ofendé nunca! ¡Si me paso la vía en tu adorasión! Seca esas lágrimas. ¡Vaya, se acabó! (Metiéndole el billete en la mano.) No seas tonta y toma ya; pa que te merques la sortija que tanto te gustó el otro día.

La Dalia. ¡Y dale con er dinero! ¡Tó lo quiés arreglá con er dinero! (Mirando el billete y sorprendida de su tamaño.) ¿Qué me das aquí?

(De la alcoba sale BALAZO, quedándose apoyado en el quicio de la puerta.)

Perico Vera. ¡Sien duros!

La Dalia. (Con alegría.) ¿Sien duros?

Perico Vera. ¡Quinientas pesetas!

La Dalia. ¿Quinientas pesetas? (Y mira a Balazo, y luego le sonríe a Perico con su mejor sonrisa.) ¿Qué no conseguirás tú de mí, ladrón?

Perico Vera. ¿Te queas con é?

La Dalia. ¡Te pones tan pesao!...

Monecipio. (Levantándose.) ¡Vamos! ¡Ya salió er só! (A la Dalia, reclamándole el billete.) ¡Tráelo pa acá, sentrañas, que te lo guarde, no se te vaya a perdé!

La Dalia. (Hurtando el billete a la mirada avara de su tío.) No se me pierde; no pase usté cuidao por eso.

Monecipio. ¡Lo que quieras, mujé!

Perico Vera. (A la Dalia.) ¿Estás ya satisfecha?

La Dalia. ¡Demasiao sabes tú lo que has de hasé pa engatusarme, charrán!

Balazo. (Avanzando hacia el centro de la escena.) ¿Se pasó er nublao?

Monecipio. Se pasó.

Balazo (Con ironía.) Es que este Perico tiene una labia pa convensé a cuarquiera...

La Dalia. ¡Y ya pués desirlo, Balaso! Negra de selos yegué yo aquí, hartita de corré por esas cayes, yenitas de só, en busca de este mala sangre, chorreandito de sudó, empapaíta en lágrimas...

Monecipio. (Señalando al billete que la Dalia tiene en la mano.) Y éste le ha dao una sábana pa secarse. ¡Ya lo has visto!

(La Dalia hace un mohín de desprecio hacia su tío y se vuelve a Perico, el cual le coge las manos amorosamente.)

Perico Vera. ¿Perdonao tó?

La Dalia. ¡Pero a las tres que no me fartes!

Perico Vera. ¡No te fartaré!

La Dalia. ¡Pos vámonos, títo! (A Perico.) ¡Adiós, salao!

Monecipio. ¡Vámonos! (A Perico.) ¿Te engañaba yo? (A la Dalia.) Y ¿por qué no me das er biyetito, hija mía, que a ti se te puede perdé?

La Dalia. ¡Que no se me pierde! ¡Qué empeño! (Sale por el foro.)

Monecipio. ¡Como quieras, mujé! Yo creo que mejóiría en mi cartera... (A Perico y a Balazo.) ¡Quearse con Dios! (A Perico.) Y tú ya lo sabes, presioso; los de la serie sé. ¡Guárdamelos! ¡Es un capricho! ¡Que me ha dao por ahí! (Vase por el foro.)

Perico Vera. (Volviéndose a Balazo, después de haber estado un momento con la mirada fija en la puerta del foro, por donde ha desaparecido Monecipio.) ¿Habrá tío fresco?

Balazo. Y ¿ahora te enteras?

Perico Vera. Pos ¿no se me ha quedao con un biyete de veinte duros disiéndome que hasía colersión? Te digo que es una gentesita está...

(Por el foro aparece CAMPITOS, otro punto de la trinca de Perico Vera, el mejor de todos, sin duda; un chico simpático y alegre, más fino de tipo y de educación que sus compañeros.)

Campitos. ¡Bien, hombre! ¡Ya os podía yo esperá en er Casino! ¡Camará, sí que sois pesaos!

Perico Vera. ¡Hola, Campitos!

Campitos. Pero, bueno, ¿qué haséis aquí? ¿Es que no jugamos esta mañana er partío e carambolas? ¿Me habéis tomao miedo?

Perico Vera. ¡No, hombre! ¡Vamos pa ayá! Es que hemos tenío aquí toros y cañas.

Campitos. Ah, ¿sí?

Balazo. ¡La Dalia, que se había enterao de lo de anoche! ..

Campitos. ¿Ya? Pero ¿es vidente esa mujé?

Balazo. ¡Esa mujé es un güeso!

Campitos. ¿Y su tío?

Balazo. ¿Su tío? ¡Un dominó! Veintiocho güesos.

Perico Vera. (Empujando a Campitos, cariñosamente, hacia la puerta.) ¡Echa pa alante, Campitos, que no te vamos a dejá hasé ni una!

Campitos. ¡Eso lo veremos!

Balazo ¡Por visto!

(Salen animadamente los tres por la puerta del foro. Queda la escena sola un momento. Por la escalera bajan JOSEFILLA y MAROMA.)

Maroma. Pero, güeno, oye tú, Josefiya: sinco camas ¿pa qué? ¿Es que se va a trasladá aquí la Crú Roja?

Josefilla. A mí no me preguntes, que no se ná. (Y se marcha por la derecha.)

Maroma ¡Sí que ésto es un misterio! (Vase también por la derecha, después de encogerse de hombros. Hay una pausa. Por la escalera baja EL AMA y se asoma a la primera izquierda.)

El Ama. ¿Está usté mu ocupao?

(Por la primera izquierda sale DON CONSTANTE, con unos papeles en la mano, que luego se guarda en un bolsillo de la americana.)

Don Constante. ¿Qué desea usted?

El Ama. ¿Sabe usté si los señoritos vendrán armorsaos o si van a armorsá aquí?

Don Constante. No puedo contestarle, aunque lo más fácil es que almuercen.

El Ama. ¡Pos güevos fritos y jamón pa tó er mundo! No me da tiempo a prepararles otra cosa.

Don Constante. ¡Y a gloria les sabrán seguramente!

El Ama. ¿Usté cree que les sabrán a gloria, don *Cortante?* ¿No les pareserá poco? Por más que, si les parese poco, con repetí...

Don Constante. ¡Pues está claro, mujer! ¡Doble ración de jamón y huevos fritos! ¡Un banquete! (Dentro suena una bocina de automóvil.) Ya ellos se harán cargo...

El Ama. (Imponiéndole silencio y en actitud de escuchar.) ¡A vé! Cáyese usté. ¿No ha sentío usté una bosina? Pa mí que están ahí ya. (En efecto, dentro se oyen murmullos como de gente que se acerca, y por la puerta del foro aparecen DON MIGUEL, LOLITA, SOLEDAD y CLARA. Don Miguel es hombre de unos cincuenta años, bien conservado, ágil, simpático de aspecto. Viste un traje claro, lleva sombrero de paja y al brazo un guardapolvo de viaje. Lolita, su hija, es una muchacha monísima, de veinte abriles, pero de carácter despótico y violento. Cubre su graciosa figurita con un guardapolvo y la cabeza con una gasa flotante. Soledad es una señora de cuarenta años, extremadamente humilde para que lo sea de verdad. Lleva sombrero y vestido negro de luto, y en la mano un maletín. Clarita, hija de Soledad, es una chica bastante agraciada y que goza de una bondad ingénita. Va ataviada por el estilo de Lolita y, como su madre, lleva un maletín en la mano.) ¿No lo dije? (Viéndolos aparecer.) Eyos son. ¡Mírelos usté! (Yendo hacia la derecha.) ¡Maroma! ¡Josefiya! (Acudiendo a saludar a los recién llegados.) ¿Cómo están mis señoritos? ¡Dios los bendiga a tós!

Don Miguel ¡Hola, Ama! ¡Felices, don Constante!

Don Constante. A sus órdenes, don Miguel. ¿Qué tal el viaje?

(Por la derecha salen MAROMA y JOSEFILLA, quedándose apoyados en el quicio de la puerta.)

Don Miguel. Bien. Un poco de calor desde las diez, pero, por lo demás, delicioso.

El Ama. (Abrazando y besando a Lolita, mientras don Constante saluda cariñosamente a Soledad y Clara.) ¡Mi niña de mi vida, mi niña presiosa! ¡Déjate, que te como a besos! Pero, ¡qué prenda de hija, qué prenda!

Lolita. (Con enojo.) Bueno, Ama, bueno. ¡Ya está bien! ¡Que te vas a llevar todos los polvos!

El Ama. ¿Qué porvos, hija de mi sangre?

Lolita. Los de mi polvera y el que traigo del camino que, mira como vengo; parezco un explorador.

El Ama. (Hecha una canasta.) Un exploradó dise que

parese... (Cogiéndola a traición y dándola un par de besos más.) ¡Uy, qué grasiosa es! ¡Er Señó te bendiga!

Lolita. (Apartándola con enojo mal disimulado.) ¡Ay!

El Ama. (Saludando a Soledad, mientras don Constante saluda rendidamente a Lolita.) ¿Cómo está uste, doña Soledá?

Soledad. (Suspirando.) ¡Figúrese usté, Ama! Después de aquella desgracia, creí no poder vivir y vivo. ¿Qué más he de pedir?

El Ama. ¡Pasiensia con lo que Dios manda y ná más! (A Clara.) ¿Y tú, hija mía?

Clara. Bien. ¡Ya me ve usté!

El Ama. (A Soledad, refiriéndose a Clara.) Ha espigao mucho, ¿verdá? ¡Y está hecha una rear mosa!

Soledad. ¡Los ojos con que usté la mira! (Se quita el sombrero y se lo da a su hija.) Ten ahí, Clarita, déjamelo en cualquier parte.

(Por el foro entra RIBOT, el chauffeur, con traje de mecánico, trayendo una maleta y un portamantas.)

Ribot. Bon soir.

El Ama. (A Maroma y Josefilla.) Pero, ¿qué hacéis ahí, paraos como dos pasmarotes? ¡Andá y ayudá a sacá der coche el equipaje, gandules!

(Maroma y Josefilla se van por el foro y entran y salen con maletas, que van dejando en el patio.)

Don Miguel. (A Ribot.) Deje todo eso ahí, Ribot, que ya se colocará donde se pueda.

(Ribot deposita en un rincón la maleta y el portamantas, y se marcha por el foro.)

Lolita. ¿Tenemos preparadas nuestras habitaciones, Ama?

El Ama. Arriba; sí, hija mía. Ahora mismito acabamos de arreglarlas. Un cuarto monísimo que te he destinao a ti. ¡Ya lo verás!

Lolita. Con tal de que sea limpio, porque veo que esto no está muy allá, que digamos.

El Ama. ¡Pos si yegas a venir antes, corasón!

Don Miguel. (A Lolita, ofreciéndole su guardapolvo y su sombrero.) ¡Toma, hija!

Soledad. ¡Cógelos tú, Clara! (Clara se hace cargo del guardapolvo y del sombrero de don Miguel.) Y anda a ayudar a Lolita a arreglarse y de camino arréglate tú también un poco. ¿Queréis que suba con vosotras?

Lolita. ¿Para qué, Soledad?

El Ama. Vé tú con eyas, Josefiya, que yo me voy pa la cosina.

Don Miguel. (A Clara y a su hija.) ¡Andad, andad, y prontito aquí abajo, que es la una y hay que almorzar!

(Se van por la escalera Clara, Lolita y Josefilla. Maroma sube y baja las escaleras llevando el equipaje a las habitaciones de los huéspedes.)

Don Constante. Ya lo oye usted, Ama.

El Ama. En seguidita va a estar tó. Con er permiso de ustés. ¡Hasta ahora, señorito!

Don Constante. Lo que sea, ¿eh, Ama? Nada de cumplidos con nosotros. ¡Lo que sea!

El Ama. Descuiden ustés; sin comé no se quedarán.

Don Constante. ¡Pues vivo!

El Ama. Ar momento. (Vase por la derecha.)

Soledad. ¿Tú vas a tomar el papelillo, Miguel?

Don Miguel. Lo dejaremos por hoy, si te parece.

Soledad. Tú dispones.

Don Miguel. De tomarlo, tendría que esperar todavía media hora para poder comer, y estoy que me caigo de debilidad.

Soledad. Tuya es la culpa. No quisiste desayunarte como los demás... ¡Y para eso te preparé yo el termo!... ¡Maniático!

Don Miguel. Bueno, mujer, bueno. En el pecado he llevado la penitencia. ¿Qué hay, don Constante? ¡Caramba, y llevamos aquí un cuarto de hora y aún no se nos ha ocurrido preguntar por el amo de la casa!

Soledad. ¡Pues es verdad! ¡Qué incorrección la nuestra!

Don Miguel. ¿Y Perico? ¿Qué es de Perico? Supongo que no se hallará en casa cuando no ha salido a recibirnos.

Don Constante. Por de contado, don Miguel. (Por la escalera baja MAROMA, después de haber subido el último bulto y se encamina hacia la derecha.) Ahora le buscarán. (Refiriéndose a Maroma que cruza la escena.) Este, que es su correveidile, nos hará el favor... ¡Oye, Maroma!

Maroma. ¿Don Constante?...

Don Constante. Vete a buscar al señorito, donde tú creas que puede estar a estas horas, y dile que se apresure a venir, que ha llegado su familia.

Maroma. ¡En un vuelo! (Vase Maroma por el foro, y don Miguel, don Constante y Soledad se sientan.)

Don Miguel. Por lo visto sigue en sus trapicheos... (Don Constante no contesta, cohibido por la presencia de Soledad, cosa que advierte don Miguel.) Puede usté hablar, don Constante, puede usté hablar con toda libertad. Soledad es como si fuese de la familia.

Soledad. (Intentando marcharse.) Si estorbo...

Don Miguel. (Deteniéndola.) ¡Por Dios! (A don Constante.) Precisamente ella es quien indicó la conveniencia de venir, después de leer su carta, un poco por ver de enmendar a mi sobrino, y otro poco, quizás, por estar con su familia. ¿Eh, Soledad?

Soledad. ¡Miguel!

Don Miguel. Por cierto que no se le ha avisado a Vicente. ¿No hay quien vaya?

Don Constante. Josefilla misma.

Soledad. Pero, déjenla. Acaso la necesite el Ama. Yo, después de almorzar, hubiera ido a verle con Clarita.

Don Miguel. ¡Quita, mujer!

Don Constante. ¡No faltaba más! (Al pie de la escalera). ¡Josefilla!

(Dentro, hacia la izquierda, se oye la voz de JOSEFILLA.)

Josefilla. ¿Quién me yama?

Don Constante. ¡Ten la bondad!...

Soledad. Pues, muchas gracias a los dos.

(Por la escalera baja JOSEFILLA.)

Josefilla. (A don Constante.) ¿Qué manda usté?

Don Miguel. Mira, vas a llegarte al cuartelillo de la Guardia civil...

Josefilla. (Volviéndose hacia don Miguel, al oír que es éste quien le habla.) Sí, señó.

Don Miguel. (Alegrándosele los ojos al ver a Josefilla.) ¡Caray, qué mona es esta chica!

Don Constante. ¡Don Miguel!

Don Miguel. ¡Es monísima!

Soledad. ¡Miguel! ¡Si se lavara!...

(Josefilla se pone colorada como un pavo.)

Don Miguel. ¡Al cuartelillo! ¿Tú sabes?

Josefilla. (Azoradísima.) Sí, señó.

Don Miguel. Y le dices al teniente, de mi parte...

Josefilla. Sí, señó.

Don Miguel. Que haga el favor de venir aquí inmediatamente...

Josefilla. Sí, señó.

Don Miguel. Que le aguardan su hermana y su sobrina para darle un abrazo.

Josefilla. Sí, señó.

Don Miguel. ¿Estás enterada?

Josefilla. Sí, señó; que le esperan su hermana y su sobrina pa darle un porraso.

Don Miguel. ¡Un abrazo!

Josefilla. Sí, señó, un abraso; que me he equivocao.

Don Miguel. ¡Pues corre!

(Josefilla se marcha por el foro.)

Don Constante. Un poco de reparo pondrá, tal vez, en venir Bermúdez, pero tratándose de lo que se trata, no creo yo que se niegue...

Soledad. Pues, ¿qué pasa? ¿Ocurre algo?

Don Constante. Nada... Resentimientos con Perico, cuestiones de faldas; nada. Seguramente vendrá. Ante un caso así, no es lógico pensar...

Don Miguel. Pero, bueno, ¿es que ese chico?...

Don Constante. No tiene usté una idea, don Miguel.

Don Miguel. Yo recibí su carta, y la verdad, no le dí importancia mayor. Supuse que eran suspicacias de usté. Soledad fué quien me animó a venir juzgando imprescindible mi presencia en Fontanares, para contrarrestar la conducta de Perico.

Don Constante. Y yo se lo estimo en el alma, don Miguel. Perico es un insensato, un loco. Tira el dinero, juega, pierde, es camorrista, enredador, mujeriego... ¡Una bala perdida, como suele decirse! En el pueblo tiene la peor fama. Ninguna persona decente lo saluda. Sus amigos son de la peor especie. Las familias que visitaban esta casa en vida del difunto don Bernabé y de la difunta doña Victoria, que santa gloria hayan, han dejado de venir por aquí, temerosas de contaminarse con el nuevo ambiente. ¿Qué más? ¡Ya usted conoce el pueblo!

Soledad. ¡Qué horror!

Don Miguel. Realmente bochornoso cuanto usté me dice, querido Bermejo.

Don Constante. Y con serlo mucho, no le hubiera escrito a usted, si algo más grave no ocurriese.

Soledad. ¿Más grave aún, don Constante?

Don Constante. Más grave, doña Soledad.

Don Miguel. Veamos, veamos... ¡Qué demonio de chico! ¡Pero si de pequeño parecía un palomino atontado!

Don Constante. Y palomino y atontado sigue siendo. ¡Pues ahí está el mal!

Don Miguel. Diga usté, don Constante, diga usté.

Don Constante. El capital. Usted sabe que de la legítima de su madre y de la herencia de su padre, su pobre hermano don Bernabé, le quedaron a Perico en fincas, tierras de pan llevar, metálico, títulos de la Deuda y acciones del Banco, unos dos millones de pesetas, más bien más que menos.

Soledad. ¿Tanto? ¿Dos millones de pesetas?

Don Miguel. Algo así. Ya lo sabía yo. Victoria era muy rica y Bernabé supo ahorrar... ¡Adelante, Bermejo!

Don Constante. Esa fortuna produce, bien colocada como está, unos veinticinco mil duros anuales de renta, cantidad imposible de gastar como no sea en una gran urbe. Pues, Perico, en este villorrio de doce mil almas, no sólo se gasta la renta, sino que, además, en los dos años que lleva de disfrutar de su peculio, ha dado tal pellizco al capital, que casi lo ha reducido en una tercera parte.

Don Miguel. ¡Qué locura!

Soledad. ¡Por Dios!

Don Miguel. Pero, ¿cómo es posible?

Don Constante. Pues sencillamente, dejando de percibir lo que le corresponde de derecho, perdonando plazos a los colonos, metiéndose en aventuras amorosas y en devaneos estúpidos; en una palabra: haciendo el primo.

Don Miguel. Vamos, vamos, eso no puede ser. ¡Por los clavos de Cristo! Yo hablaré con él y o cambia de conducta, o se le incapacita. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Don Constante. Vea usted, con estos antecedentes, si hice bien o mal dándole a usted la voz de alarma.

Don Miguel. (Levantándose.) ¡Bien hecho, Bermejo; bien hecho! ¡Qué barbaridad!

Soledad. ¿Tenía yo razón para recomendarte que vinieras?

Don Miguel. Desde luego, desde luego. (Mirando hacia la escalera.) ¡Y esas chicas, que no bajan! (A don Constante.) ¡Ha sido un acierto, un gran acierto!

(Por el foro, entran VENENO y JOSEFILLA. Josefilla se marcha por la derecha, y Veneno se dirige hacia Soledad, a quien abraza con verdadera efusión. Veneno es un hombre de unos treinta y cinco años, fuerte, bien plantado. Viste guerrera de guardia civil y gorrillo de cuartel.)

Veneno. ¡Soledá!

Soledad. ¡Vicente! (Lo besa.)

Don Miguel. ¡Caramba! ¡Vicentito!

Veneno. (Dándole la mano a don Miguel.) ¿Cómo va, don Migué?

Don Miguel. ¡Estás hecho un hombre!

Veneno. (A don Constante.) Perdone usté, don Constante, que no le había visto. (Le da la mano.)

Don Constante. Está usted perdonado, Bermúdez.

Veneno. Pero, ¡qué sorpresa tan agradable! ¿Cuándo se ha venido?

Soledad. Acabamos de llegar.

Veneno. ¿Ahora? ¿En qué tren?

Soledad. Hemos venido en automóvil.

Veneno. Ya desía yo. ¿Y Clarita?

Soledad. Arriba está, con la hija de Miguel. Ya la verás.

Veneno. ¿Y tú?

Soledad. (Suspirando.) ¡Calcula!

Veneno. Bueno, don Migué; desirle a usté mi gratitú por tó cuanto ha hecho usté por mi familia...

Don Miguel. No se hable de eso.

Soledad. Di que no hay boca para darle gracias a Dios...

Don Miguel. ¡Que no se hable de eso he dicho, Soledad!

Veneno. Como usté quiera.

Don Miguel. De otra cosa quisiera yo que hablásemos, Vicentito.

Veneno. Estoy a sus órdenes.

Don Miguel. ¿Qué me han contado de no sé qué resentimientos tuyos con mi sobrino?...

Soledad. ¡Ah, sí! Oye, tú, ¿qué hay de eso?

Veneno. Ná. ¿Qué va a habé? Siendo sobrino de usté

y siendo usté quien es pa nosotros, ¿qué quiere usté que haya, don Migué? Ná.

Don Miguel. Eso deseo. Y cuando venga ahora mi sobrino, yo haré que se den ustedes las manos de amigos y aquí no ha pasado nada, ¿eh?

Veneno. Por mi parte, no tengo inconveniente.

Don Miguel. Ni por la suya lo habrá tampoco. Yo te lo aseguro.

(Por la escalera bajan CLARITA y LOLITA, sin los guardapolvos y sin los velos. Lolita viste de claro y Clarita de medio luto.)

Soledad. Aquí bajan las niñas. ¡Clarita, mira a quién tienes aquí!

Clarita. (Abrazándolo.) ¡Tío Vicente!

Veneno. ¡Chiquiya! ¿Quién te conoce ya? ¡Vaya si estás guapa!

Soledad. No le digas tontunas para que se engría. Pasaderita y nada más.

Clarita. Si no me lo creo, mamá.

Soledad. (Indicándole con el gesto a su hermano la presencia de Lolita.) ¿Vicente?

Veneno. (Saludando a Lolita.) ¡Ah! Perdóneme usté, señorita. ¿Está usté bien?

Lolita Bien. ¿Y usted?

Veneno. Pa servirla.

Don Miguel. ¡Y ese Perico que no llega y este estómago mío, que no aguanta!...

(Por la derecha, sale JOSEFILLA.)

Josefilla. De parte del Ama, que cuando quieran pueden ustés pasá ar comedó.

Don Miguel. Pues vamos, vamos. Después de todo, hay confianza para no esperarle. (A las mujeres.) Andad vosotras para allá. ¿Has comido, Vicentito?

Veneno. Yo, sí, señó.

Don Miguel. Pero te quedarás con nosotros un rato.

Veneno. Eso sí.

Don Miguel. (A las mujeres) ¡Pues andad, andad vosotras he dicho! (Se van por la derecha Soledad, Clarita Lolita y Josefilla.) Usté sí nos hará el honor de acompañarnos. ¿Eh, don Constante?

Don Constante. Con mucho gusto, don Miguel.
Don Miguel. ¡Pasa, Vicentito!
Veneno. De ninguna manera. Usté primero.

(Cuando se van a encaminar hacia la derecha, aparecen por la puerta del foro PERICO VERA y MAROMA. Perico se dirige derechamente hacia su tío, sin reparar en Veneno, y Maroma se va por la puerta de la derecha.)

Perico Vera. ¡Tío! (Se abrazan.)
Don Miguel. ¡Vamos, hombre! ¡Ya era hora! Llevamos no sé el tiempo esperándote.
Perico Vera. Pero, ¿quién se podía pensar?... ¿A qué se debe esta visita?
Don Miguel. ¿Visita? Ya nos echarás con escoba. ¡Si venimos a pasar contigo el verano!
Perico Vera. ¡Mejor que mejor! ¿Y Lolita?
Don Miguel. En el comedor, a donde vamos todos, porque yo estoy que no me puedo tener. ¡Qué horitas de comer las tuyas, hijo mío!
Perico Vera. ¡La costumbre de levantarme tarde! Hasta las dos o así, no tengo ganas... (Advirtiendo la presencia de Veneno y poniéndose lívido.) ¿Eh?
Don Miguel. ¿No saludas a Vicente?
Perico Vera. ¿Yo?...
Don Miguel. ¡Vamos, hombre! ¡Daos un abrazo, y pelillos a la mar! ¡Estaría bueno!...
Veneno Por mí... ¡Esta es mi mano!
Perico Vera. ¡Y ahí va la mía!!
Don Miguel. ¡Así! Y que no me vuelva yo a enterar de que regañáis. (Por la derecha, sale CLARITA y se dirige hacia la escalera.) ¿A dónde vas tú ahora?
Clarita. Por los dulces, que nos los hemos dejado arriba y dice Lolita que me los baje para postre.
Don Miguel. Está muy bien. ¡Pues aligera, que te estamos esperando! (Clarita sigue su camino.)
Perico Vera ¿Quién es esa morucha?
Don Miguel. ¿No la conoces? Aguarda, Clarita. (Clarita se detiene.) Ven aquí. (A Perico.) La sobrina de Vicente, la hija de Soledad, que con nosotros vive. (Presentando.) Mi sobrino Perico...
Clarita. (Dándole la mano a Perico.) Mucho gusto en conocerle.
Perico Vera. Er gusto es mío.

Clarita. Con el permiso de usté...

Perico Vera. Usté lo tiene. (Clarita se va por la escalera.) ¡Qué simpática es!... Y se gasta un modito...

Don Miguel. ¡En fin, vamos a la mesa!

Perico Vera. Vayan ustés pa ayá, que yo voy a sortá er sombrero en mi arcoba, y de camino a recogé unos puros pa después de comé. ¿Usté fuma, tío?

Don Miguel. Si son buenos, sí.

Perico Vera. ¡De contrabando, superiores; con lisensia, aquí, der teniente!

Veneno. ¡Eso, ayá los carabineros!

Perico Vera. En er pueblo, tó er que puede, no fuma otra cosa. Al estanco no mandan más que amarraos por la sintura...

Don Miguel. Bueno, bueno; pero no te entretengas.

Perico Vera. Cuestión de ná. Váyanse ustés sentando. (Entra en su alcoba.)

Don Miguel. ¡Anda, Vicentito! Pase usted, don Constante. (Los dos se muestran reacios a pasar primero.) ¡Vaya! Pasaré yo, y así acabamos antes. (Se va por la derecha.)

Don Constante. ¡Ande usted, Bermúdez! (Veneno le invita a pasar delante de él.) Bueno. Muchas gracias. (Desaparece don Constante por la derecha, seguido de Veneno. Hay una pausa A un tiempo, baja por la escalera CLARITA, con una caja de dulces en la mano, y sale de su alcoba PERICO VERA, con los puros. En el centro de la escena, se encuentran los dos. El la mira y ella baja la vista al suelo.)

Perico Vera. No sabía yo que en Madrí se criaban estas flores. Como disen que hase tanto frío... ¡Vaya una rosita de mayo!

Clarita Muchas gracias. ¡Por Dios! ¡Me va usté a poner colorada!

Perico Vera. ¡En un artá es donde la pondría yo a usté, pa í a resarle toas las mañanas!

Clarita. Con razón tienen fama de galantes los andaluces.

Perico Vera. ¡Pos yo soy un puerco espín!

Clarita. ¡Jesús! Lo de espín no lo veo.

Perico Vera ¿Y lo de puerco sí? ¡Eso tié grasia!

Clarita. Perdone usté. Yo no he dicho...

Perico Vera. ¡Si es la pura verdá; si yo lo sé! Pero usté carcule, prenda... ¡Un hombre solo! (Acercándose mucho a ella.) Si tuviera uno a su lao una mujé así, como

usté, pa que le sepiyara la ropa, pos ya se podía ir una mijiya más lusío, ¿no?

Clarita. (Ruborosamente) ¡Pedro!...

(Por la derecha sale VENENO, que se sorprende al ver la actitud de Clarita y Perico.)

Veneno. ¡Clarita!

(Los dos se separan bruscamente.)

Clarita. ¿Eh?

Perico Vera. (*¡Veneno!*)

Veneno. (A Clarita.) ¿Qué hases tú ahí? ¿No sabes que te están esperando? ¡Vivo pa dentro!

Clarita. ¡Ay; voy, voy! Me entretuvo el señor... (Vase por la derecha, avergonzada y confusa. Perico está con la vista baja y Veneno se acerca a él, y con la mano le señala el sitio por donde Clarita se ha marchado.)

Veneno. (Marcando mucho las palabras.) ¡Esta no es la otra!

Perico Vera. ¡Pero, Visente!...

Veneno (Alzando la voz.) ¿Tú lo oyes bien? ¡Que ésta no es la Dalia, Perico!

Perico Vera. Ya lo sé.

Veneno. (Cambiando de tono.) ¡Pos no se hable más! ¡Vámonos pa el comedó!

(Al iniciar los dos el movimiento de encaminarse hacia la derecha, cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Se supone que ha transcurrido un mes. Es de día, en las primeras horas de la tarde.

—

(Al levantarse el telón, aparecen en escena, con trajes de casa, zurciendo y repasando ropa blanca, SOLEDAD y CLARA. Un largo rato permanecen en silencio, sin levantar la vista de la costura. Soledad da tal cual cabezada y algún ronquido. En la calle, a lo lejos, se oye un pregón ininteligible.)

Voz. (Dentro.) Aioaa .. aioaa... ¡Aioao!

Soledad. (Después de la pausa y aprovechando un momento en que se despabila un poco.) ¡Atolondrada me tienes con tu conversación, hija mía!

Clara. (Sin dejar de coser ni levantar la cabeza.) Y, ¿qué quieres que te diga, mamá? Tú y yo lo tenemos todo hablado.

Soledad. Algo, hija; que llevas ahí hora y media, zurce que te zurce, sin despegar los labios. ¡Qué sosa eres! ¡Por Dios! Así te gana siempre por la mano esa cotillera de Lolita. ¡No aprendes a vivir!

Clara. Y, ¿qué le voy a hacer? Yo tengo otro carácter.

Soledad. El mismo que tu padre que esté en gloria, que era tan impenetrable y reservado, que sus compañeros de promoción le llamaban «Alcancía.»

Clara. Pues, dichoso aquél que a los suyos se parece.

(Hay otra pausa. Las dos se ensimisman en la costura.)

Soledad. (En voz baja.) Dime... (Clara no la oye. Soledad va levantando la voz poco a poco, hasta acabar en un grito.) ¡Oye!... ¡Clara!... ¡Clarita!

Clara. (Dando un salto.) ¡Ay! ¿Qué?

Soledad. Que te estoy hablando.

Clara. ¡Qué susto me has dado!

Soledad. Si pareces sorda.

Clara. ¿Qué querías?

Soledad. Escucha. Lo de Perico, ¿cómo va?

Clara. Falta que yo sepa qué es lo de Perico.

Soledad. ¿Qué ha de ser sino sus pretensiones contigo?

Clara. ¿Conmigo? ¡Si no hay nada, mamá!

Soledad. ¡No me mientas!

Clara. ¡Te lo juro!... Con Lolita es con quien está la mar de entusiasmado.

Soledad. Porque esa es una viva y sabe el terreno que pisa, pero quien le gusta a Perico, eres tú; me consta.

Clara. Figuraciones tuyas.

Soledad. Nada de figuraciones. Te repito que quien le gusta, eres tú. Y eso de que ella se lo lleve, por lista, quedándote tú en puertas, por tonta, no puede ser, Clarita. Piensa que tu casamiento con Perico, es nuestra liberación, nuestra vuelta al pasado, nuestra redención a metálico, como quien dice.

Clara. Pero lo que tú pretendes, es imposible, mamá.

Soledad. ¿Por qué?

Clara. Aparte la desigualdad de posición, aparte de que, digas tú lo que quieras, es Lolita quien atrae a Perico y lo lleva donde le conviene, cuenta con que don Miguel, desde el punto y hora en que llegamos aquí, acaricia la idea de casarlo con su hija.

Soledad. Porque ese es otro vivo, pero no lo conseguirá mientras yo aliente. Ya estoy al cabo de su plan. A ver si crees que ha venido aquí para otra cosa. A mí, no me la da. Ahora, que yo también he venido a lo mismo, y allá veremos quien lleva el gato al agua.

3 campanadas

(Dentro, en un reloj de torre, dan las tres.)

Clara. Las tres, mamá. (Intentando levantarse.) Voy a llamar a Pedro, que me dijo que a las tres lo llamara.

Soledad. (Impidiéndole que se levante.) ¿Ves? Como te digo una cosa, te digo otra. Eso, no; eso sí que no. Que lo llame El Ama. Tú no estás aquí en calidad de despertador.

Clara. Si luego se disgusta...

Soledad. Que se disguste. Me es igual. (A voces.) Ama... Ama.

(Por la derecha sale EL AMA)

El Ama. ¿Qué quiere usté, doña Soledá?

Soledad. ¿Ha llamado usté a Perico?

El Ama. Sí, señora, ahora mismito. Y a don Migué también, pero los dos me han dao un bufío y se han vuerto pa el otro lao. Allí están tendíos en los divanes der comedó, que paesen las estáutas de los obispos que hay en la parroquia. Verdá es, que está er día de modorra.

Soledad. De modorra está. Yo, aquí, sin querer, he dado también un par de cabezadas.

Clara. ¿Un par, mamá?

Soledad. O veinte pares, hija. Es lo mismo.

El Ama. Y, ¿por qué no se han echao ustés las dos a dormir un poquito la siesta?

Soledad. ¡Ojalá! Pero si nos acostamos, ¿quién zurce esta ropa?

El Ama. Las compadezco a ustés. ¡Las vuertas que da er mundo!

Soledad. No me recuerde usté cosas tristes.

El Ama. (Encaminándose hacia la escalera.) Voy a dispertá a Lolita.

Soledad. Déjela dormir otro poco y siéntese usté aquí con nosotras a hacernos un ratito de compañía.

El Ama. (Sentándose.) Con la má de gusto, doña Soledá. Ya sabe usté que yo siempre les he tenío a ustés mucha ley.

Soledad. Ya lo sé, Ama, ya lo sé.

El Ama. (Después de una pausa en que las contempla en su labor con mirada compasiva.) ¡Quien las haya visto a ustés como yo las he visto, cuando mi señora me yevó a Madrí, y las vea ahora!... La verdá que don Migué no ha hecho con usté, doña Soledá, tó lo que debiera.

Soledad. Clarita, ¿por qué no te llegas tú a llamar a Lolita?

Clara. Como quieras, mamá.

Soledad. Anda, y así le ahorras el subir las escaleras al Ama.

Clara. (Levantándose.) Con mucho gusto.

El Ama. ¡Que Dios te lo pague, hija mía!

(Vase Clara por la escalera.)

Soledad. He querido quitarla de aquí porque no conviene que ella se entere de ciertas cosas.

El Ama. Bien hecho.

Soledad. Pues, sí, Ama, sí; tiene usté razón en lo que dice. ¡No se ha portado Miguel como debiera!

El Ama. ¡A vé!... Lo naturá hubiera sío...

Soledad. Que se casara conmigo ¿no?

El Ama. Justamente.

Soledad. Como lo piensa todo el mundo, como me lo creí yo misma, en un principio. Porque, ¿qué cosa más humana, después de todo? ¿Me ves desamparada, me ves desvalida y sin recursos, después de muerto mi marido? Pues, si estás tú viudo también y cuando joven me pretendiste en matrimonio, ofréceme tu mano y llévame a tu casa como esposa, pero no me lleves de criada honoraria, a aguantar las impertinencias de tu hija. Cierto que si yo he aceptado el triste puesto que se me ha ofrecido ha sido por Clara, únicamente por ella, a quien veía en trance de perderse si prolongábamos por más tiempo nuestra angustiosa situación.

El Ama. Ya ve usté qué trabajo le hubiera costao a don Migué casarse con usté. ¿Dónde iba a í que más valiera?

Soledad. ¡Ah, pero es que al caballero, al cabo de sus años, le ha dado ahora por las menores y por las tobilleras!...

El Ama. ¡Y sí señora, que es verdá, que a Josefiya me la fríe a peyiscos ca vé que se la encuentra por los incones de la casa!

Soledad. ¡Oh, es un depravado, un marqués de Sade! A la vejez, viruelas. ¡Qué asco!... ¡En eso, más que en las jugadas de Bolsa, comprando marcos y papel aponés, que se han venido al suelo, ha tirado su fortuna!

El Ama. Sí que creo que de perras no anda mu ayá que digamos.

Soledad. ¡Por Dios! ¡Más perdido que Carracuca!... Tiene el automóvil para cubrir la apariencia y muy

poco pudor para pedirle dinero al lucero del alba.

El Ama. ¡Como que hay que oí a don *Cortante!* El pobre está que piya moscas. Dise que no pasa día sin que don Migué le dé un sablaso... y gordo. Y claro es, si antes con er sobrino se veía y se deseaba el hombre pa salí adelante, ahora, con er tío por añadidura, pos está que hasta ha bajao de peso. ¡Hay que oírlo, le digo a usté que hay que oírlo!

Soledad. ¡Me lo figuro!

(Por la escalera baja CLARA, deteniéndose en el último peldaño.)

Clara. ¡Mamá!

Soledad. ¿Qué quieres, hija?

Clara. De parte de Lolita que hagas el favor de subir.

Soledad. (Levantándose.) ¡Vamos allá, a saber qué se le ha roto a la niña! (Esto último lo dice entre dientes para que el Ama no lo oiga.)

El Ama. Yo también voy a vé si, por casolidá, he sortao por arguna parte er mosquitero, que ando loca buscándolo. Esta ropa, ¿se la deja usté aqui, doña Soledá, o se la subo?

Soledad. No, Ama, déjela ahí, que aún no hemos terminado. (Vase con Clarita por la escalera.)

El Ama. (Levantándose.) ¡Como usté disponga! Ca persona es un pueblo y ca casa es un mundo. ¿Quién se podía figurá tanta cosa ocurta? ¡Miá también don Migué, con sus sincuenta cumplíos, por dónde ha ío a resoyá!

(Vase por la escalera. Por la derecha sale JOSEFILLA, perseguida por RIBOT. Josefilla está más arreglada y compuesta que en el acto anterior.)

Ribot. Attendez un moment, mademoiselle, je veux vous dire que... je vous aime de tout mon cœur.

Josefilla. ¡Pára la jaca, cochero, que vamos a vorcá! Despasito y güena letra. Empiesa otra vé, Maurisio, que me hago un lío.

Ribot. (Con acento francés.) ¿Qué cosa es lío?

Josefilla. Lío es lo que tú buscas, franchute, que a ti ya te he calao yo, pero has dao en güeso.

Ribot. ¿Comment?

Josefilla. Escucha aquí. Tú lo que me quieres desí es que me quieres ¿no?

Ribot. Oui.

Josefilla. Y ahora quieres sabé si yo te correspondo ¿no?

Ribot. Ouí.

Josefilla. Pos güí

Ribot. ¿Oui?

Josefilla. ¡Güí, güí! (Se ríen los dos.) ¡Josú, como nos oiga el Ama nos echa trigo! Paesemos poyos.

Ribot. Attendez, attendez...

Josefilla. (Yendo a mirar por la puerta de la derecha.) Aguárdate un poco, no sea que vengan y nos vaya a salí er fransés por un ojo e la cara. (Volviendo a donde estaba.) No viene nadie. ¡Sigue, tú!

Ribot. ¿Comment dit on en espagnol... la clef? (Acompañando a la palabra la acción de dar vueltas a una llave.)

Josefilla. ¿La yave?

Ribot. Oui. La llave. Yo pedir la llave.

Josefilla. (Riéndose.) ¡Anda con esa! Y ¿pa qué quieres tú pedí la yave? ¡Eso no lo hasen aquí más que los arguasiliyos!

Ribot. ¡La llave de tu corazón, Josefilla!

Josefilla. ¡Arrea, que vas por hilo! No uso yave, salao.

Ribot. ¿Comment?

Josefilla. Que tengo serrojo.

Ribot. ¿Quoi?

Josefilla. Pestiyo, picaporte, ardabiya.

Ribot. Ne comprend pas.

Josefilla. ¡Ni farta que te hase!

(Por la derecha sale MAROMA, el cual hace un gesto de contrariedad al encontrarse a Josefilla con Ribot.)

Maroma. Pero esto ¿qué va a sé?

Ribot. ¡Hola, Maromá!

Maroma. ¡Maroma, señó! Bastante me carga usté ya, pa que me cargue también el asento. ¡Maroma!

Ribot. Oui. Pardon. ¡Maroma!

Maroma. ¡Así! De parte de don Migué que ensiye usté er coche.

Ribot. ¿Quoi?

Maroma. ¿Cuá va a sé, si no hay más que uno?

Josefilla. (A Ribot.) ¡Que prepares el auto!

Ribot. ¡Ah! Tres bien.

Josefilla. (A Maroma.) ¡Miá qué eres bruto, Maroma! Se dise ensiyá cuando se trata de un cabayo.

Maroma. Y, ¿no tiene cuarenta er coche? Pos ar desí que ensiye er coche es desí que ensiye los cuarenta cabayos, digo, me paese a mí.

Ribot. (Riéndose.) ¡Oh, quelle sotisse!

Maroma. ¿Er qué?

Ribot. (Incomodado.) ¡Vous etez fou!

Maroma. Y usté de rosita. ¡Miá que yo fú! ¡Como si fuea un gato! (¡Le ví a da un día una guantá que pa encontrá er bigote va a dí a Lima!)

Ribot. (Dándole la mano a Josefilla.) ¡Adiós, Josefillá!

Josefilla. ¡Adiós, Maurisio!

Ribot. Au revoir. (Sale por el foro, después de dirigirle a Maroma una mirada despectiva.)

Maroma. (Con las de Caín.) ¡Vaya usté... con Dios! (Volviéndose a Josefilla.) Güeno, pero esto ¿qué quié sé? ¿Es que te has puesto tú en relasiones con ese hombre, Josefiya?

Josefilla. ¡Digo!

Maroma. Y, ¿cómo se te ha declarao? ¿Por señas?

Josefilla. Ni más ni menos; pero ya nos vamos entendiendo.

Maroma. ¡Bendito sea Noé! Y, ¿tú has pensao en las consecuensias de si te casas con é y te nase un crío hablando en fransé, qué vas a hasé con é en Fontanares, donde hasta er cura dise la misa en andalú?

Josefilla. ¿Er cura?

Maroma. Er cura, er cura que, envisiao como está con er chamelo, ca vé que se vuerve a saludá a los fieles, no dise más que... (Imitando la acción del sacerdote en la misa.) ¡Dominó el Obispo!

Josefilla. (Con el mismo gesto y la misma actitud que antes Ribot.) ¡Oh, quelle sotisse!

Maroma. ¿Cómo?

Josefilla. ¡Vous etez fou!

Maroma. ¡Mi madre! ¿Tú también?

(Josefilla se va a marchar por la derecha, a tiempo de que por el mismo lado sale DON MIGUEL, y le toma la cara.)

Soriano Murillo

Don Miguel. ¡Uy, qué pimpollo!

Josefilla. (Dándole un manotazo a don Miguel.) ¡Cochón! (Y vase por la derecha con el aire de una reina ofendida. Don Miguel y Maroma se miran estupefactos.)

Don Miguel. ¿Eh?

Maroma. Josefiya, que se nos ha pasao al enemigo, don Migué.

Don Miguel. ¿Josefilla?

Maroma. Que se ha hecho novia de su cháufe y está aprendiendo pa estetutriz.

Don Miguel. ¡Ah, ya! ¿Avisaste a Ribot que preparara el coche?

Maroma. Avisao está; sí, señó.

Don Miguel. Perfectamente.

Maroma. Con er permiso de usté, señorito... ¿Quié usté hasé er favó de enseñarme cómo se dise en fransé mírame este ojo?

Don Miguel. ¡Qué pregunta! Regardez moi cet oeil. ¿Para qué quieres saberlo?

Maroma. Porque le ví a hinchá uno a su cháufe y quiero haserle luego que vea er mío pa que note la diferensia de tamaño. Regardé muá setel. ¡No se me orvía! ¡Y no va a sé trompá en er setel la que se va a ganá ese arma en pena! ¡Muchas grasias, don Migué! (Vase por la derecha.)

Don Miguel. Anda con Dios. ¡Es pintoresco este Maroma! (Se sienta y enciende un cigarro. Por el foro entra DON CONSTANTE.) ¡Hola, Bermejo! Esperándole estaba a usté como al agua de mayo.

Don Constante (En guardia) (¡Caray! ¿Otro sablazo?) Pues aquí me tiene usted a su relativa disposición.

Don Miguel. No se le ha visto el pelo en toda la mañana.

Don Constante. El pelo es difícil vérmelo ahora tampoco.

Don Miguel. ¡Caramba!

Don Constante. Perdone usted la chirigota. No he podido venir porque he andado, desde las ocho, de la ceca a la meca, para ver de hacerme con dinero.

Don Miguel. ¿Y qué?

Don Constante. Afortunadamente se ha cobrado alguna cosa, si, señor. Unas nueve mil pesetas, en total. Unicamente los de la Huerta del Arroyo se han mostrado rehacios a satisfacer su deuda, pretextando mil

infundios. Dijéronme que vendrían a visitar a Perico, y no sé si ya habrán pasado por aquí.

Don Miguel. Que yo sepa, no señor. Pero, en fin, no se ha perdido la mañana. Nueve mil pesetas ya está bien. Por cierto que tenía yo que pedirle a usté algún dinero...

Don Constante. (¿No lo dije?) Pues me coge usted sin un céntimo, don Miguel. Si me lo hubiera advertido antes...

Don Miguel. Y ¿cómo es eso?

Don Constante. Acabo de ingresar en la Caja de Ahorros todo lo recaudado.

Don Miguel. Pero, hombre de Dios, ¿a quién se le ocurre?...

Don Constante. Pídale usted, si acaso, a Perico lo que necesite y...

Don Miguel. No, Bermejo, no. A mi sobrino no le pido nada, ni quiero tampoco que se entere de las sumas que llevo percibidas.

Don Constante. Pues...

Don Miguel. ¡Extiéndame usted un cheque para cobrarlo mañana, y ya veré!...

Don Constante. Don Miguel, la verdad, no sé si debo... no sé si estoy autorizado... Usted me disculpe, pero...

Don Miguel. ¿Cómo es eso? ¿Cómo se entiende? ¿Negarme usted a mí?... ¿Es que piensa que no le voy a pagar, don Constante?

Don Constante. Yo nada pienso, mi señor don Miguel; pero ese dinero no es mío, es de su sobrino, a quien he de dar cuentas, y...

Don Miguel. ¡Vamos, Bermejo, vamos! No sea usted criatura. Ni mi sobrino le ha de pedir cuentas, ni, en último extremo, se trata más que de un pequeño anticipo, reembolsable en cuanto Somoza me gire. ¡Vaya, vaya, extiéndame usted el cheque y no se hable más del asunto!

Don Constante. Bien. Sea como usted quiera, don Miguel. Por no contrariarle.. (Sentándose a la mesita, sacando un talonario de cheques del bolsillo y con su estilográfica en ristre.) ¿De cuánto?... (Enseñándole la pluma a don Miguel.) Haremos uso de su regalito.

Don Miguel. ¡Ah, ya! La estilográfica. Me daba no sé qué de verle a usted escribir a estas alturas con pluma de ave. Y eso, ¿no vale nada?

Don Constante. ¿La estilográfica? Diez y ocho pesetas.

Don Miguel. Me refiero a la acción.

Don Constante. ¡Ah, ya! La acción, meritísima y agradecidísima por mí. Eso es aparte. ¿Dinero que necesita usted?

Don Miguel. Pues... ¡qué sé yo! Poca cosa. Quinientas pesetas. (Don Constante va a escribir, y don Miguel lo ataja.) O setecientas. (Don Constante se queda con la pluma en alto y, a medida de que don Miguel va aumentando la cantidad, va abriendo los ojos desmesuradamente, hasta que casi se le salen de las órbitas.) O mil doscientas... ¡Ponga usted mil quinientas! Tres mil quinientas que adeudo y mil quinientas, cinco mil. ¡Cantidad redonda!

Don Constante. (Resignándose.) Lo que usted me diga. Una vez en el tajo...

Don Miguel. Mil quinientas, mil quinientas. (Don Constante extiende el cheque.) ¡No sé, la verdad, qué hace ya Somoza que no me ha girado!

Don Constante. (Mientras escribe.) (¡Ni yo!) (Dándole a don Miguel el cheque, que arranca del talonario.) Mil quinientas. Ahí va. (Levantándose.) ¡Y salga el sol por Antequera!

Don Miguel. (Guardándose el cheque en su cartera.) Está bien, Bermejo. Ahora...

Don Constante. (Poniéndose en guardia nuevamente.)(¡Dios mío!)

Don Miguel. Facilíteme usté, aunque no sean más que quince o veinte duros, de su bolsillo particular.

Don Constante. Trece tengo, don Miguel.

Don Miguel. ¡Mal número!.. ¡Pero vengan! Es igual.

Don Constante. ¡Me deja usted sin nada!

Don Miguel. Es verdad. Deme entonces ocho, y quédese con cinco.

Don Constante. Eso es otra cosa. (Le da ocho duros.)

Don Miguel. Con cuarenta céntimos, que es todo lo que tengo en el bolsillo, no voy a estar. ¡Esa dichosa partida de jiley del Casino, me cuesta una fortuna!

Don Constante. ¡Nos cuesta, don Miguel!

Don Miguel. Bien, sí, nos cuesta; lleva usted razón. Mañana, cuando cobre el cheque, le abonaré a usted sus ocho duros...

Don Constante. No corre prisa.

Don Miguel. En unión de los otros piquillos, que son... ¡No recuerdo exactamente!

Don Constante. (Sacando un librito de notas.) Yo lo llevo apuntado.

Don Miguel. ¡Lo que sea, Bermejo!

Don Constante. (Leyendo y apuntando en el librito.) Ciento seis y cuarenta que le acabo de dar, ciento cuarenta y seis pesetas.

Don Miguel. ¡Lo que sea! No vamos a discutir. Y gracias por todo. ¡A ver si ese Somoza acaba de girarme!

Don Constante. ¡A ver! Porque siguiendo a este paso, don Miguel, la vida es un soplo.

Don Miguel. (Después de mirar hacia la derecha.) Silencio. Guarde usted eso, que llega Perico. ¡Guarde usted eso, Bermejo! (Y se va por la derecha, como para entretener al sobrino, que llega. Don Constante se mete en los bolsillos el libro de notas y el de cheques.)

Don Constante Guardado está. No se preocupe.

(Por la derecha, vuelve a salir DON MIGUEL, acompañado de PERICO VERA.

Perico Vera. (A su tío.) ¿Está ya listo er coche?

Don Miguel. No sé decirte. A Maroma le dí el encargo de que avisara a Ribot...

(Dentro, en la calle, suenan dos golpes de aldabón, dados en la puerta del foro, y la voz de DAMASA.)

Dámasa. (Dentro.) ¿Se pué pasá?

Perico Vera. ¿Eh?

Don Constante. La Dámasa. ¡Ahí la tienes! Vendrá a llorarte lástimas y a que le perdones el alquiler de la Huerta. ¡Ya me ha hecho a mí el número esta mañana!..

Perico Vera. ¡Pos me va usté a vé! No se marche usté, que quiero yo que usté presensie la ersena. ¡Soy otro, don Constante!

Don Constante. (Entre dientes.) ¡Sí, otro como tu tío!

Perico Vera. ¿Qué?

Dámasa. (Dentro.) ¿Se pué pasá?

Perico Vera. ¡Alante quien sea!

(Empujan la puerta del foro y entran en escena DÁMASA y su hija CONCHA. Dámasa es una mujer de cincuenta años, bajita, rechoncha, tostada por el sol, y Concha, un capullo de quince abriles, lleno de lozanía. Ambas visten modestamente, al estilo popular andaluz.)

Don Constante. (Al verlas.) (¡Anda, y se ha traído a la hija como recurso definitivo! ¡Pues no paga! Y lo probable es que se lleve dinero encima. ¡Esta gente cazurra!...)

Dámasa. (Avanzando con su hija hasta el centro de la escena.) ¡Dios bendiga a ustés, señorito y la compaña!

Don Miguel. (Dando un salto al contemplar a Concha.) (¡Cristo, qué menor!) (Se estira la americana, se saca los puños, se atusa el bigote y adopta un aire ridículo de conquistador.)

Perico Vera. (Alegrándosele también los ojos al ver a Concha.) ¡Hola, Dámasa! ¡Hola, Concha! ¡Qué guapa estás, mujé! Hase un siglo que no te veo.

Dámasa. Como no quiere usté í por casa, señorito... Toa la gloria de sus visitas se la yevan los der Sotiyo y los de las Moreras, que no paese sino que los demás no semos hijos de Dios.

Perico Vera. No, mujé, que iré. Ahora, que coge tan lejos la huerta... (Sin dejar de mirar a Concha.) Pero, iré. ¡Descuida, que iré!

Don Miguel. ¡Y yo!

Dámasa. ¿Usté también, cabayero?

Don Míguel. ¡Yo también! ¡Irá conmigo!

(Como la Dámasa mira a don Miguel con gesto de extrañeza, Perico se cree obligado a decirle quién es.)

Perico Vera. Es mi tío.

Dámasa. Por muchos años.

Don Constante. (¡Y vaya si irán! ¡Menuda atracción de forasteros les ha buscado Dámasa!)

Dámasa. ¿No has saludao ar señorito, Conchiya?

Concha. (Con voz apagada, por su natural cortedad de genio.) Sí, madre, que lo he saludao.

Dámasa. (A Perico, refiriéndose a su hija.) ¿Ha visto usté qué arta se me ha puesto?

Don Constante. (¡Y torna a metérsela por los ojos, por si no se ha fijado bien! ¡Esta gentuza!...)

Perico Vera. (Tomándole la cara a la muchacha y mirando a su tío.) ¡Está presiosa, presiosa!

Don Miguel. (Como diciéndole con el gesto que no le ponga los dientes largos.) ¡Perico!...

(Concha, pudorosamente, aparta de su cara la mano de Perico.)

Dámasa. ¡Mira, y le da vergüensa que le tome la cara! ¡Huy, que le da vergüensa!

Don Constante. (Saltando.) ¡Naturalmente, señora!

Dámasa. ¡Pero si se han conosío así, si eran dos cachorros!...

Don Constante. ¡Jinojo! También usted me ha conocido a mí de pequeñito, y no por eso es lógico que venga usted ahora a tirarme del bigote. ¡Estaría bueno!

Dámasa. ¿Yo a usté de pequeñito, señó arministradó?

Don Constante. Acabado de nacer, como quien dice.

Dámasa. ¡Vamos! No le quiero a usté contradesí; pero, si yo lo he conosío a usté acabao de nasé, pa mí que nasió usté ya con las gafas puestas y con los resibos en la mano. (Don Miguel y Perico se ríen, y don Constante se amosca.)

Don Constante. ¡Pues no le veo la gracia, no le veo la gracia!

Don Miguel. Porque no lleva usté las gafas puestas. (Nuevas risas, ahora de todos, menos de don Constante, por supuesto.)

Perico Vera. ¡Güeno, sentarse y no discutí pamplinas! Siéntate, Dámasa. Siéntate tú aquí, a mi lao, Conchiya.

Dámasa. (Con cara de satisfacción.) ¿A su lao, señorito?

Don Miguel (Cogiendo una sila.) ¡Entre los dos!

Dámasa. Da las grasias, niña. ¡Ahí es ná tu suerte! (Don Constante bufa. Se han sentado los cinco; Concha, a la derecha, entre Perico y don Miguel, y Dámasa, a la izquierda, cerca de don Constante. Perico, siempre que puede, procura sobar a Concha y ésta ruborosa, se aparta de él con disimulo, retirando su silla y empujando la de don Miguel, quien a su vez retira la que ocupa, pero como Perico avanza la suya para seguir el mismo juego, la escena, comenzada en el centro del patio, acaba, casi junto a la puerta de la derecha.)

Perico Vera. Y desirme qué es lo que os trae por aquí.

Dámasa. Pos, ¿qué quiere usté que nos traiga, señorito? Plagas y pesaumbres, duelos y quebrantos. ¡La letanía e los probes!

Perico Vera. ¡Vaya por Dios!

Dámasa. Ya le habrá a usté dicho su arministradó que no le habemos podío recogé los resibos de hogaño, porque es que no tenemos en casa ni linda perra, señorito.

Don Constante. Según ustedes—¿eh?—que yo la he visto a usted esta mañana, alhajada y compuesta como para ir de boda, con unas arracadas de oro fino y pedrería que, mal vendidas, ya se podían dar por ellas

sus cinco mil reales. Conque si piensa usted venirnos con historias, puede ahorrárselas, porque ya ve que estamos al cabo de la calle.

Dámasa. ¡No sea usté así, don Constante de mi arma, no sea usté así, que usté siempre se ha portao como un cabayero!

Don Constante. ¡Y bien me luce el pelo!

Dámasa. ¿Y qué curpa tenemos los demás de que sea usté carvo?

Don Constante. En resumidas cuentas, Dámasa...

Dámasa. (Convencida de que el administrador no se da a partido, se vuelve al amo.) ¡Atiéndame usté, señorito!

(Perico no atiende, entretenido en el juego con Concha. Don Constante le llama la atención.)

Don Constante. ¡Perico!

Dámasa. (Complacida.) ¡Déjelo usté! Embebesío con mi Conchiya está. Como se han criao juntos...

Don Constante. ¡Perico!

Perico Vera. (Levantándose al grito y yendo hasta donde están don Constante y Dámasa.) ¿Eh?

Don Constante. ¡A vér qué resuelves tú de todo ésto!

Perico Vera. (Que no se ha enterado de nada.) ¡Ah! Pos yo... ¡Lo que usté haya dicho!

(Don Miguel, viendo que Perico le deja el campo libre, se dedica a hacerle carantoñas a Concha, pero ésta se muestra tan esquiva con el tío como con el sobrino.)

Dámasa. ¡Tengan ustés en cuenta, además, cómo ha venío la cosecha, que ni pa sembrá de nuevo hemos sacao!

Perico Vera. Sí, el año ha sío malo; eso es verdá. Pero tú también debes comprendé, Dámasa, que ca uno vive de lo suyo y que, vamos, si este año ha sío malo, otros han sío güenos y, no por eso, se te ha cobrao más renta.

Don Constante. (Satisfecho.) ¡Ahí, ahí! Ya lo está usted oyendo. ¡Tanto amenazarme esta mañana con el señorito! ¡Ya está usted oyendo al señorito! ¡Muy bien, Perico, muy bien!

Perico Vera. ¡Soy otro, don Constante!

Dámasa. (Echándose a llorar.) Pero, por la Virgen der Vaye... ¿Es que no va a habé compasión pa una infelí cargá de hijos? ¡Señorito de mi vía, siquiera por aqueya santa que esté en gloria!... ¡Pídeselo tú, Conchiya, a vé si te hase a ti más caso!

Concha. (Acudiendo a Perico en tono suplicante.) ¡Señorito!...

Perico Vera. (Ablandándose y dirigiéndose a Dámasa.) Güeno, mujé, güeno. No te pongas así. Yo me hago cargo de las cosas. No quiero tampoco que digas que tienes por amo a un criminá. .

Don Constante. (¡Adiós mi dinero!)

Perico Vera. (A Dámasa.) Tú vé de reuní, güenamente, esas pesetas y, cuando sea, pos las traes y... ¿Qué se le va a hasé? Nos conformaremos.

Don Constante. Pero, ten en cuenta, hijo, que...

Perico Vera. ¿Qué se le va a hasé, don Constante?

Don Miguel. ¡Lleva razón Perico! No se puede tampoco apretar así a las criaturas, Bermejo.

Don Constante. ¡Ah! Bien, bien. Por mí... ¡Allá ustedes! (¡Este como también pide!...)

Don Miguel. Además, ¿no me ha dicho usté que ha cobrado esta mañana cuatro mil pesetas?...

Don Constante. ¡Nueve!

Don Miguel. O nueve; más a mi favor, aunque usté me ha dicho que cuatro.

Don Constante. ¡Nueve, don Miguel!

Don Miguel. ¡Cuatro!

Don Constante. ¡Pues cuatro! Seré yo el equivocado. (¡Esto es que no piensa pagar las cinco que debe! ¡Viva la Pepa!)

Don Miguel. ¡Pues, hombre!

Dámasa. (A don Constante.) ¡Y sobre tó, no le quite usté la voluntá, por su salusita gitana, don Constante!

Don Constante. No, hija. El es muy dueño de disponer de su dinero. Yo no le quito nada. (Mirando a don Miguel.) ¡Son otros, otros! (¡Primo, más que primo! Así se ríen de él...) Bueno, Perico, pues como, por lo visto, esto ya está resuelto, si tú no me necesitas, por ahora...

Perico Vera. Pa ná, don Constante. Es desí... ¿Yeva usté ahí sinco duros suertos?

Don Constante. (Echándose mano al bolsillo como si lo fueran a robar y con los ojos fuera de su sitio.) ¿Eh?

Perico Vera. ¡Démelos usté! Se los voy a regalá aquí a Conchiya pa que se compre cuarquier chuchería a mi salú.

Don Constante. (Con la sangre negra, pero con la sonrisa en los labios.) ¡Ah! ¿Se los...? ¡Me parece de perlas!

Dámasa. ¡Pero señorito!...

Perico Vera. ¡Tengo yo gusto!

Don Constante. (Con ironía.) Tiene él gusto...

Dámasa. ¡Da las grasias, niña!

Don Constante. (Dándole los cinco duros a Perico.) ¡Vaya, hijo míol... ¡Ahí van los cinco duros! (Volviendo a mirar a don Miguel.) ¡Los cinco duros! ¿Eh? (Y le indica por señas que se ha quedado a dos velas. Don Miguel se hace el distraído.)

Perico Vera. (Dándole los cinco duros a Concha.) ¡Toma, Conchiya!

Concha. ¿Los tomo, madre?

Don Constante. Sí, hijita, tómalos. ¿Vas a andar con remilgos ahora?

Dámasa. Ya que er señorito te los regala...

Don Constante. ¡No faltaba otra cosa! ¡Salud para disfrutarlos y suerte para encontrar muchos... amos como éste, Dámasa! ¡Vaya, ea, adiós! ¡Se salió usted con la suya! Si yo sé esto... ¡Cualquier día me doy las caminatas que me he dado para presentarle a usted los recibos! ¡Abur! ¡Que se conserve usted tan lista y que el Señor haga por quitarme pronto de este mundo para evitarme el ver lo que estoy viendo! (Vase de estampía por la primera izquierda.)

Don Miguel. ¡Cómo se ha puesto!

Dámasa. ¡Lo mar que le ha sentao er que nos haya usté favoresío!

Perico Vera. ¡Es su genio! Ya se le pasará.

Dámasa. Güeno, señorito, pos que Dios se lo pague a usté por tó y a vé cuándo nos da usté er gusto de que le veamos por la Huerta.

Perico Vera. Ya te he dicho que iré.

Don Miguel. Descuide usté que iremos.

Perico Vera. ¡Adiós, Conchiya!

Dámasa. ¡Despídete, mujé!

Concha. (Secamente.) ¡Condiós!

Dámasa. (Remedándola.) ¡Condiós! ¡Ay, qué hurón eres, hija! Paese que está criá entre leña, pero ya se espabilará.

Don Miguel. En cuanto vayamos por la Huerta un par de tardes, le pide a usté el chocolate en ruso.

Dámasa. (Riéndose.) ¡Qué salías tiene er cabayero! ¿Les gustán a ustés las uvas, señoritos?

Perico Vera. ¿Por qué lo preguntas?

Dámasa. Pa mandarles luego, a la caía e la tarde, a mi Conchiya con un canastito de las primeritas que han dao las viñas.

Don Miguel. ¡Me parece muy bien!

Perico Vera. ¡Se aserta, Dámasa!

Dámasa. Pos cuenten ustés con é.

Concha. Pero, ¿yo sola, madre?

Dámasa. Tú sola. ¿Qué pasa? ¿Te van a comé? ¡Ay, qué hija ésta! (Empujándola para que salga.) ¡Anda ya! Condiós, señoritos. ¡Güenas tardes!

Don Miguel. Vayan ustedes con Dios.

(Salen Dámasa y Concha por el foro y Perico a despedirlas hasta la puerta.)

Perico Vera. ¡Adiós, Dámasa! ¡Adiós, Conchiya! (Volviendo a escena.) ¡Camará! ¿Sabe usté que está Conchiya como pa encalabriná a un ermitaño?

Don Miguel. Y tú, que de ermitaño no tienes nada, a poco más si te subes por las paredes. ¡Así se ha puesto don Constante de furioso!

Perico Vera. ¿Es que usté ha reparao bien en la chiquiya?

Don Miguel. (Refiriéndose al tacto.) No he podido comprobar lo que tú, pero he reparado. ¡Pirandón! (Y le amaga un golpe, que termina en un abrazo.)

Perico Vera. ¡Tío Miguél...

(Por la escalera bajan SOLEDAD y CLARA.)

Soledad. (A su hija, señalándole el grupo que forman abrazados don Miguel y Perico.) ¡Míralos! ¡Ahí los tienes! Daoiz y Velarde. ¡Tal para cual!

Don Miguel. ¡Hola, familia! (Mirando a Soledad con insistencia.) ¿Sabes que me estoy fijando y estás hoy con el guapo subido, Soledad?

Soledad. (Hecha una canasta.) ¿Quién? ¿Yo? Y ¿a qué viene eso, Miguel?

Don Miguel. Al gusto de no callarme lo que pienso.

Soledad. (Dengosa.) ¡Vaya!... Pues muy agradecida a la lisonja, chico. ¡Cómo está el día!

Don Miguel. (A Perico.) ¡Y pensar que yo me debí casar con esta mujer!... Pero, amigo, se entusiasmó con el uniforme del otro y me dejó de la noche a la mañana.

Soledad. ¡Calla, Miguel! No evoques, por lo que tú más quieras.

Don Miguel. (A Perico.) ¿Verdad que está guapa y joven?

Soledad. ¡Miguel!...

Perico Vera. Como que parese una hermana de su nija.

Clara. (Echándole el brazo por encima del hombro a su madre.) No te quejarás, ¿eh?

Perico Vera. ¡Fíjese usté, tío; mírelas juntas a las dos! ¡Vaya una parejita de inseguridá!

Soledad. (Con risa nerviosa.) ¡Ay, de inseguridad, dice! ¡Qué gracioso! (A Clara.) ¿No te hace gracia? ¿No te ríes?

Clara. (Riéndose sin ganas.) Sí. ¡Ja!

Soledad. ¡Es saladísimo! ¡Este Perico, está sembrado!

(Soledad y Clara se sientan y tornan a su interrumpida labor.)

Don Miguel. Bueno, y ¿qué se sabe de Lolita?

Soledad. Levantándose, Miguel; pero, mientras se alisa y se arregla, todavía ha de tardar un rato.

Don Miguel. Entonces, voy a llegarme al garage, a ver qué le sucede a Ribot, que aún no ha venido con el coche.

Perico Vera. Pero no se entretenga usté mucho, tío.

Don Miguel. En seguida vuelvo.

Soledad. ¿Te vas sin sombrero, Miguel?

Don Miguel. ¡Si es ahí mismo! (Vase por el foro.)

Soledad. (A Perico.) No le importe a usté. Aunque regrese dentro de media hora, no ha de caer en falta.

Perico Vera. ¿Tanto va a echá la primita en componerse?

Soledad. (Con el gesto especial de indicar lo incalculable.) ¡Uuu!...

Perico Vera. ¡Pos diga usté que presume lo suyo la primita! Se quiere paresé a su hija.

Soledad. ¡Ah, bueno! Mi hija, no es porque sea mi hija, y siento que esté delante, pero como ella, hay pocas, contadas.

Clara. ¡Por Dios, mamá!

Perico Vera. No se ensienda usté, que no dise más que la verdá.

Soledad. Y en lo tocante a disposición, usté ya la observa; ella lo hace todo en la casa. Plancha, lava, barre, friega, cose, guisa... ¡Todo! ¡Y todo a su tiempo! El desayuno, la merienda, la ropa... ¡Ya va bien servido el que se la lleve!

Perico Vera. Sí, señora. Puede usté está orguyosa de

su hija. A mí, desde hase un mes que yegaron ustés aquí, me tiene chiflao. (¡Como que si no fuera por *Veneno*!... ¡Mardito sea er betún!)

Soledad. ¡Ah, sí?

Perico Vera. A Campitos se lo he dicho muchas veses. ¡Vaya una muchacha güena y cayá y prudente y humirde!... Y luego, tiene así, un modito tan suyo pa desí las cosas, un modito... ¡Er modito, es que me encanta!

Clara. Bueno, por favor, Perico; haga usté la caridad de callarse, que me he dado ya tres pinchazos en el dedo.

Perico Vera. (Entusiasmado.) ¿Ve usté? ¡Ese modito, eso es lo que a mí me hace tilín! Otra cuarquiera, dise que se ha dao tres pinchasos; pos eya lo adorna con lo de la caridá y er favó, que suena bien y paese otra cosa. ¡Er modito, señó! Diga usté que si yo hubiea nasío pa casao, ya le había a usté pedío su mano.

Soledad. ¡Ah! Pero usté, ¿no?...

Perico Vera. ¡No, señora! Er matrimonio me aterra.

Soledad. Según con quien, Perico.

Perico Vera. Sea con quien sea... Perdé mi libertá, mi independensia, no podé acostarme a la hora que me dé la gana, ni irme por ahí con la que se me antoje... ¡Me aterra! No lo pueo remediá.

Soledad. ¡Pero, criatura!...

Perico Vera. Arvirtiéndole a usté, que Clarita piensa como yo, que es de las de mi cuerda.

Soledad. Y, ¿de qué cuerda eres tú, hija mía?

Clara. No, verás, mamá; es que el otro día, hablábamos de esto mismo Lolita, Pedro y yo, y Lolita decía que, si se casara alguna vez, tendría a su marido en un puño y no le permitiría salir ni a la puerta de la calle, y yo opinaba en contra. Decía, y es verdad, que a mí, si me casara, y mi marido me resultase un calavera, mujeriego y libre, a quien le gustase trasnochar y marcharse de juerga y estarse cuatro días por ahí, pues más me halagaría que otra cosa, porque así, cada vez que volviera a su casa, sabría apreciar mejor lo que valía mi cariño comparándolo con el de las demás, que no sin separarse de mi lado. ¡Y te juro que es como lo siento!

Perico Vera. ¡De mi cuerda!

Soledad. ¡Dios te bendiga! Eres como tu madre. Te reconozco.

Perico Vera. ¡Una mujé pa un pobre, como disen aquí!

Soledad. ¡O para un rico! ¿Por qué no? La hija de un comandante de carabineros, puede aspirar a todo.

Perico Vera. También, sí, señora. ¡Es mucha Clarita!

Soledad. Y, bueno, dígame usté, Pedro, pensando usté de esa manera respecto al matrimonio, ¿por qué consiente usté a Lolita?... Porque ella está creída...

Perico Vera. Y, sí, señora. Y me casaré con mi prima si a mano viene. Sin gustarme, pero me casaré. No tiene ná que vé una cosa con otra. Yo soy hombre débir... Y tó será que se empeñe mi tío.

Soledad. (Poniéndose de pie, como impulsada por un resorte.) (¡Eso, lo veremos!) Clarita, voy al comedor a beber un poco de agua... (Para pasar este amargo trago.) ¡Hasta ahora, Perico. (¡Qué trago, qué trago!) (Vase por la derecha.)

Clara. ¡Y yo que me figuraba que estaba usté prendado de Lolita!..

Perico Vera. ¡Arto er carro, niña!

Clara. ¿Cómo?

Perico Vera. Temple usté la jaca. Empesando porque a eya no le gusto yo, que quien le gusta es Campitos...

Clara. ¿Campitos?

Perico Vera. Sí, señora. Y concluyendo, porque eya no me gusta a mí, que quien me gusta es...

Clara. De eso, sí estamos enterados. La Dalia.

Perico Vera. La Dalia o la claveyina. ¡Vaya usté a adiviná! (Mirándola con las de Caín.) (¡Ay, Dios mío de mi arma! ¡Si no fuera por *Veneno*, no iba a sé bocao!...)

Clara. Pues, hombre, su tío de usté, al menos, está convencido...

Perico Vera. Eso es lo malo, que a mi tío se le ha puesto en la frente que mi prima y yo nos casemos, y, por no contrariarle, hasemos delante de é er paripé; por no contrariarle y porque no le rompa un güeso a Lolita, como le ha prometío rompérselo si la vuerve a ve hablando a solas con Campitos; que la chiquiya se ha confiao a mí, y yo, como se trata de mi prima y del amigo que más quiero, pos me he prestao gustoso a servirles de tapaera... Ahora, que de ésto, Clarita, por su salú, que no se le vaya a usté a escapá con nadie... ¡Ni con su madre tan siquiera!

Clara. ¿Quiere usté callar? Viva usté descuidado,

que por mí no se ha de saber. Pero vaya, vaya con Lolita... ¡Y es muy simpático Campitos! ¡Mire usté qué callado se lo tenían!

(Por el foro entra CAMPITOS.)

Campitos. Güenas tardes.

Perico Vera. ¡Hombre! ¡Aquí está Campitos!

Clara. En nombrando al ruin de Roma...

Campitos. Por la puerta asoma. ¿Se hablaba de mí?

Clara. Y bien, además, que no es lo frecuente.

Campitos. Dios se lo pague a quien haya sío.

Perico Vera. ¿Ya de marcha?

Clara. Pero, ¿se va usté?

Campitos. Sí, señora; esta tarde, a Málaga, a tomá los baños con mi familia. No he podido excusarme. Y lo siento. Este sabe lo que lo siento.

Clara. (Con aire confidencial.) Y yo también. (Levantándose.) Voy a subir y a decirle a Lolita que aligere. (A Perico.) A ver si puede hablar siquiera tres palabras con este hombre antes de que vuelva su padre. (Vase por la escalera.)

Campitos. (Sorprendido.) ¿Pero...?

Perico Vera. Se lo he contao yo, y ya has visto que he hecho bien.

Campitos. Pos muchas grasias, Pedro.

Perico Vera. De ná, hombre. Pa argo han de serví los amigos.

Campitos. Bueno, y tu tío ¿adónde ha ido?

Perico Vera. Aquí, ar gará, a ver er coche.

Campitos. Pos quiera Dios que Lolita baje pronto.

Perico Vera. ¡Qué miedo le tienes a mi tío!

Campitos ¡No que no! Y tú con Clara, ¿qué? ¿Te desides, por fin? Porque a mí no me vas a engañá. A ti te gusta Clarita, que se te sartan las lágrimas mirándola.

Perico Vera. Gustarme es poco, Campitos.

Campitos Y ¿a qué aguardas?

Perico Vera. Pero le tengo más pánico a *Veneno*, que tú a mi tío.

Campitos ¡Vamos, tonto!

Perico Vera. ¡Mía que es desgrasia que siempre me haya de encontrá a ese hombre en mi camino! Lo mismo me pasó con la Dalia.

Campitos. Y de eso, ¿hay novedades?

Perico Vera. Ninguna.

Campitos. ¿Se terminó el dijusto?

Perico Vera. ¡Cá!

Campitos. ¿Sigues sin verla?

Perico Vera. Y encantao de estarme aquí viendo a la otra. ¡Quinse días yevo sin poné er pie en la caye! Como que la chipén del enfado de Angustias no es más que esa.

Campitos. Pos ándate con tiento, porque Monesipio se permite desí por todas partes, que te va a hasé papiya como no te arregles con su niña.

Perico Vera. Ya será argo menos.

Campitos. Eso es naturá, después de tó. Piensan que se les pué acabá er momio y han de tratá de defenderlo con los dientes.

Perico Vera. Me da iguá. Er pelo no me lo vuerven a ve.

Campitos. ¡Chiquiyo!

Perico Vera. ¡Te lo juro, Campitos! Estaba yo ya mú harto de esa gente. ¡Que se busquen otro comeero!

Campitos. ¿Quieres que te diga la verdá? ¡Pos, chócala! Hases mú requetebién. (Mirando hacia la escalera.) Ya baja Lolita.

Perico Vera. (Asomándose a la puerta del foro.) Aprovechá er tiempo, que mi tío debe de está ar caé.

Campitos. (Al pie de la escalera.) Digo, ¿eh? ¡Cómo se ha puesto! ¡Despeiná viene! No le canto una saeta porque no sé.

(Por la escalera bajan CLARA y LOLITA; ésta de veinticinco alfileres.)

Clara. (A Campitos.) Aquí la tiene usté.

Campitos. Muchas grasias, Clarita. (A Lolita.) Várgame la Pastora, chiquiya; pero ¿qué has estao hasiendo? Yevo aquí hora y media.

(Clarita habla con Perico mientras Campitos habla con Lolita. Las dos parejas estarán de pie.)

Lolita. No exageres.

Campitos. Pregúntalo. Mira. Traía las uñas cortás y me han cresío.

Lolita. Lo que quieras. ¿Te vas, por fin?

Campitos. Por fin, no; por mi desgrasia.

Lolita. ¿No has podido arreglar el quedarte?

Campitos. ¡Ni fingiendo la meningitis!

Lolita. ¡Calla, bárbaro!

Campitos. Con eso quiero desirte que lo he intentao tó. ¡Ahora, que yo, como pueda, me escapo!

Lolita. ¡Locuras, no, Pepe! Te llevan tus padres y debes obedecerlos.

Campitos. Pero ¿qué farta me hasen a mí los baños?

Lolita. Si fuera a Perico, ¿verdad? (Se ríen.)

Perico Vera. Conmigo no meterse, que después que os protejo...

Lolita. Y sí, primillo, que es verdad, que hay que estarte agradecida. Unicamente un primo como tú hace lo que tú haces.

Perico Vera. ¿Lo dises con segunda?

Lolita. ¡Lo digo con toda mi alma!

Perico Vera. ¡Por si acaso!

Lolita. (A Campitos.) ¿Me escribirás?

Campitos. Tós los días tó er día. No tengo que hasé otra cosa...

Lolita. ¡Pero yo sí! Con una carta me conformo.

Campitos. ¿Y tú..?

Lolita. ¡A ver!

Campitos. ¡Si estuvieras aquí pa mi vuerta, chiquiya!...

Lolita. Cuenta con ello.

Campitos. ¿De veras?

Lolita. Mi padre se ha hecho ya a la idea de no salir de Fontanares en lo que le reste de vida... Aquí se le han reverdecido los entusiasmos de su juventud y en ninguna parte dice que se encuentra más a gusto.

Clara. ¡Figúrate! Gasta, triunfa, come, bebe y no le cuesta un real!.. ¡Fontanares tendremos hasta que Perico se harte!

Perico Vera. Pos si soy yo quien ha de marcá la fecha, ya puén ustés encargarse er panteón.

Lolita. ¡Por Dios!

Perico Vera. Lo digo ar tanto de lo que hablaba aquí Clarita.

Campitos. (A Lolita.) Y me voy sin llevarme tu retrato.

Lolita. Hombre, Perico, ¿no has revelado aún las fotografías?

Perico Vera. Mujer, iba a haserlo esta tarde; pero

como ha surgío de pronto er paseo a la presa der molino...

Lolita. ¡Qué fastidio! Quería yo que Pepe se las llevara...

Perico Vera. Ya se las mandarás. Pos eso ¿qué más da?

Campitos. Hubiera tenío gusto...

Perico Vera. Y yo también; pero las cosas requieren tiempo.

Lolita. (A Campitos.) Descuida, chico, que yo te las enviaré. Eso si no han salido borradas, como las otras...

Perico Vera. Estas, no. Me juego la cabesa a que se puén presentá en un concurso. Había mu güena lú...

(Por el foro entra DON MIGUEL inopinadamente, cogiendo descuidadas a las parejas. Lolita, en cuanto ve a su padre, deja a Campitos y se va con Perico, y Campitos hace el mismo juego, yéndose con Clara.)

Don Miguel. Bueno, pues... ¿Eh?

Lolita. (¡Jesús, mi padre!)

Campitos. (¡Arrea!)

Don Miguel. ¿Qué pasa? ¿Están ustedes jugàndo a las cuatro esquinas?

Campitos. Güenas tardes, don Migué.

Don Miguel. (Secamente.) Buenas, señor Campos.

(Por la derecha sale SOLEDAD.)

Soledad. ¡Hola, Miguel! ¡Hola, Campitos! (Campitos la saluda inclinando la cabeza.) ¿Qué? ¿Y el auto?

Don Miguel. Nuestro gozo en un pozo.

Soledad. ¿Qué ocurre?

Don Miguel. Que se ha roto una bujía y en todo Fontanares no se encuentra otra de repuesto. Así, pues, vamos a merendar, y quiere decirse que, si no a la presa del molino en auto, iremos a la Dehesa de los Guardas a pie.

Lolita. Sí; pero todavía hace demasiado calor para salir, papá.

Don Miguel. Para salir, conforme; pero para merendar... Es la hora; las cuatro y media.

Soledad. Bueno, pues voy a preparar la mesa. Clarita, recoge esta ropa y avísale al Ama, que está arriba

Clara. Campitos, por si no nos vemos, que lleve usté feliz viaje, y hasta la vuelta, si Dios quiere.

Don Miguel. Pero ¿qué? ¿Se marcha usté fuera?

Campitos. Esta tarde, sí, señor.

Don Miguel. ¡Vamos, hombre! Lo celebro mucho.

Perico Vera. (A Lolita.) Tu padre no pué disimulá sus impresiones.

Campitos. Muchas grasias, Clarita. Ya sabe usté que en lo poco que yo sirva...

Clara. Igualmente, Campitos.

Soledad. Pues adiós, Campitos, y buen viaje.

Campitos. ¡Adiós, señora! Don Migué...

Don Miguel. ¡Que le vaya muy bien!

Campitos. Lolita...

Lolita. (Con la voz velada por las lágrimas.) ¡Adiós... Campitos!

Campitos. ¡Adiós, Pedro!

Perico Vera. Anda con Dios, hombre. ¡Hasta pronto!

(Durante la despedida, Clarita ha recogido la ropa blanca que estaba repasando y ha subido con ella por la escalera, y Soledad ha desaparecido por la derecha.)

Campitos. (Volviendo a darle la mano a Lolita.) ¿Me he despedío de usté, Lolita?

Don Miguel. ¡Sí, señor!

Lolita. Sí... ¡Adiós, Campitos!

Campitos. ¡Mucha salú y mucha suerte!

Perico Vera. Grasias.

Don Miguel. Igualmente.

Campitos. ¡Adiós! (Sale por el foro y Lolita intenta escurrirse detrás; pero Don Miguel lo advierte).

Don Miguel. ¿Dónde vas tú?

Lolita. ¡Ay! Al comedor.

Don Miguel. ¿Al comedor por la puerta de la calle? ¡No abuses, no abuses de mi paciencia, Lolita!

(En este momento vuelve CAMPITOS por la puerta del foro y se dirige rápidamente hacia Perico.)

Campitos. ¡Perico!

Perico Vera. ¿Eh?

Lolita. ¿Qué?

Don Miguel. ¿Lolita?... (Y le señala con el dedo la puerta de la derecha, por donde desaparece Lolita, después de hacerse la

remolona hasta ver si Campitos la mira, pero sin conseguirlo, y, por consiguiente, con un morro de a cuarta.)

Campitos. (A Perico, en tono confidencial.) Oye, si no quieres vé a Monesipio y a Balaso, escóndete, porque ahí vienen.

Perico Vera. ¡Aquí no ponen los pies!

Campitos. Escóndete, hombre; di que no estás, o que los resiba tu tío.

Perico Vera. Quisá yeves rasón. ¡Que los resiba mi tío y mientras yo me meto en mi cuarto a revelá las fotografías!

Campitos. ¡Pos está claro, señó! Así te quitas de mareos.

Perico Vera. Grasias por el aviso, Campitos.

Campitos. Mandá. (A Don Miguel.) Güenas tardes. (Sale por el foro.)

Perico Vera. Oiga usté, tito.

Don Miguel. Oigo yo.

Perico Vera. Campitos ha venío a desirme que ahí yegan Balaso y Monesipio. Atiéndalos usté, y si preguntan por mí, como preguntarán, usté les dise que no estoy en casa.

Don Miguel. ¡Pero, hijo!...

Perico Vera. No quiero verlos, ni sabé ná que a ellos se refiera. Güeno es empesá a liquidá cuentas pasás, y no es usté quien menos debe agradeserlo.

Don Miguel. Basta. Me has tocado el registro sensible. Pero, antes de que te encierres, déjame diez duros.

Perico Vera. Ni dos pesetas le pueo dejar a usté.

Don Miguel. ¿Tan mal estás de fondos?

Perico Vera. ¿No ve usté que no sargo de casa? Pídale usté a don Constante lo que quiera.

Don Miguel. ¿A don Constante? ¡Bueno!... Es que, hijo, mientras buscaban la bujía, tuve la mala ocurrencia de meterme en el Casino y tu precioso veintidós me ha dejado *aprés*.

Perico Vera. Como que es un número que está borrao. ¡No sale nunca!

Don Miguel. Borrado está. En fin, ya veré lo que hago.

Perico Vera. ¡Lo dicho, tío! (Se mete en su alcoba y cierra la puerta.)

Don Miguel. ¡Bueno va!

(Por el foro aparecen MONECIPIO y BALAZO, deteniéndose en el umbral de la puerta.)

Monecipio. ¿Se pué pasá?

Balazo. Pase usté, Monesipio. ¡Si está aquí don Migué!

Don Miguel. ¡Adelante, caballeros! ¡Muy honrado con su visita!

Monecipio. Los honraos somos nosotros, don Migué.

Balazo. (En voz baja a Monecipio.) ¡Cáyese usté, que no va a creérselo!

Don Miguel. ¿Y a qué se debe esta satisfacción de verles a ustedes a estas horas?

Balazo. ¿No está Perico?

Monecipio. En busca de Perico venimos.

Don Miguel. Pues Perico salió hace ya un rato.

Monecipio. ¿Que salió?

Don Miguel. Sí, señores; salió. Pero tomen asiento; tengan la bondad de sentarse (Don Miguel les ofrece sillas.)

Monecipio. ¡Déjeme usté ahí, en la butaquita!

Don Miguel. ¡No faltaba más! (Se la ofrece.) Donde a usted le acomode. ¿Quiere usted un cogín, un almohadón?...

Monecipio. Me sobra con er respardo.

Don Miguel. (Sentándose.) Pues ya les repito; Perico no está. Pero si ustedes quieren algo para él y no les importa mi mediación, me ofrezco gustoso a comunicarle, de su parte, cuanto me digan.

Monecipio. Er caso es, don Migué de mi arma, que usté no irnora la clase e relasiones que, dende hase dos años, han venío sosteniendo nuestros sobrinos.

Don Miguel. ¿Cómo?

Monecipio. Su sobrino y mi sobrina.

Don Miguel. ¡Ya!

Monecipio. Y de medio mes a esta parte, Perico se ha distansiao de nosotros, sin ná que lo justifique y, la verdá, es mu triste que quien como uno no ha tenío más que atensiones pa é, resiba este pago.

Don Miguel. Pues, ¿qué pasa? ¿Es que Perico y la Dalia?...

Monecipio. ¡Ni verse en quinse días, señó! ¿Hay rasón pa esto? Por un dijustiyo de ná; porque yegó y se encontró a éste que la estaba reconosiendo... ¡Porque

Balaso es médico! Y de ahí, armó una que, ya le digo a usté, ni aportá por casa.

Balazo. (Con nervios.) ¡Y, vamos, enemistarse conmigo Perico, que es como si fuea mi hermano! .. ¿Y por una cosa así? ¡Es pa enrearse a tiros!...

Monecipio. ¡Modales, Balaso, modales!

Don Miguel. ¡Qué demonio! Pues no sabía nada.

Monecipio. La pobretica e mi sobrina, está que se ajoga con un hilo. Eya ya hubiera venío a ve a Perico; pero como es tan delicá... ¡Tiene a quién salí, después de tó; que yo, aquí donde usté me ve, que paese que ná me importa, soy también una sensitiva!

Don Miguel. (Con fina ironía.) Se ve; eso, se ve.

Monecipio. ¡Me alegro que usté se haya fijao!

Don Miguel. Bueno; pues ustedes me dirán lo que quieren que le comunique a mi sobrino.

Balazo. (Exaltándose.) Pos le va usté a desí, que martiro le den si...

Monecipio. ¡Modales, Balaso, modales! Atiéndame usté, señó, que yo le diré a usté con formas tó lo que éste no sabría desirle con sus prontos.

Don Miguel Hable usted.

Monecipio. Aquí lo que pasa, don Migué de mis curpas, pa que usté se entere, es que, desgrasiadamente, su sobrino de usté no ha conosío la vergüensa.

Don Miguel. (En son de protesta.) ¡Monecipio!

Monecipio. Con modales. ¡No la ha conosío! ¿Usté me entiende? Er tiene relasiones con mi sobrina, y yo las he aprobao y armitío gustoso, porque he pensao siempre que eran relasiones formales, relasiones honrás de un hombre con una mujé que, ar cabo de un plaso, más o menos corto, habían de acabá en la Parroquia; es desí, que Perico se había de casá con mi Angustias, quien dise mañana, dise pasao, dise er mes que viene. ¿Estamos?

Don Miguel. ¡Monecipio!...

Monecipio. Y, naturalmente, un hombre que dentro de un mes se ha de casá, pos no está bien que, de pronto y porque sí, vuerva la esparda y deje de í por casa de su prometía, porque eso no lo hasen más que los granujas.

Don Miguel. ¡Monecipio!

Monecipio. Con modales. ¡Los granujas! Así es que mi Angustias y yo, en su nombre, le desimos a usté, pa

que haga usté er favó de trasmitírselo a su sobrino, que o cambia de modo de sé y vuerve a í por casa de la que dentro de ná será su esposa...

Don Miguel. Pero, ¿cómo su esposa?

Monecipio ¡Su esposa! ¡O se le atraviesa er pecho de un balaso! Y ná más. ¡Y ahí tiene usté explicao, finamente y con modales, lo que éste no le hubiera a usté sabío desí con toas sus voses!

Don Miguel. Pero, bueno, Monecipio; eso de que Angustias sea la mujer de Perico, la verdad...

Monecipio ¿Pos qué quié usté que sea, señó, después de la fangá der niño?

Don Miguel. ¡Caray!...

Monecipio. ¿Es que usté cree que mi dirnidá, la dirnidá de un hombre sin mancha, aunque haya sío consejá, va a cargá con ese bardón de irnominia? ¡No, señó! ¡O se casa o se le atraviesa er pecho de un balaso! Y no cansamos más. (Levantándose.) ¡Anda, Balaso! Usté se lo dise así, y nosotros agradesíos a usté por la amabilidá con que nos ha resibío. Güenas tardes.

Balazo. ¡Salú, don Migué!

Don Miguel. ¡Vayan ustedes con Dios, señores! (Salen por el foro Balazo y Monecipio.) ¡Virgen santa con el hombre, y qué en serio lo ha tomado! Con esto no contaba yo para mis planes... ¡Pues me revienta, como hay Dios que me revienta!... Y no seré yo, además, quien le dé estas noticias a Perico. (Golpeando con los nudillos en la puerta de la alcoba de Perico. Dentro de la alcoba se oye la voz de Perico Vera.)

Perico Vera. (Dentro.) Qué, ¿se fueron ya?

Don Miguel. Sí, hijo; sí. Puedes salir cuando quieras. En el comedor te aguardo. (Se va por la derecha, con aire preocupado. De la alcoba sale PERICO VERA, con dos placas negativas en las manos, mirándolas al trasluz.)

Perico Vera. Pos no están más que colosá. ¡Pero que colosá! (En este momento baja CLARA por la escalera y se encamina hacia la derecha.) Clarita, venga usté pa acá y límpiese los ojos primero.

Clara. ¿Han salido bien?

Perico Vera. (Dándole las placas.) Usté me dirá.

Clara. (Mirándolas.) ¡Ay, preciosa, preciosa! ¡Y lo natural que estamos todos! Lolita es que está hablando.

Perico Vera. ¿Y su madre?

Clara. También. ¿Y «Abd-el-Krin»? ¡Qué propio!

Perico Vera. Pcs entre usté aquí a vé las otras. ¡Me he lusío esta vé!

Clara. ¡Y sí que se ha lucido, a juzgar por éstas!

Perico Vera. Las otras están mejó. Entre usté.

Clara. Veremos esas maravillas. ¡Es usted un artista, Perico; un artista!

(Entran los dos en la alcoba. Por la derecha asoma cautelosamente la cabeza SOLEDAD.)

Soledad. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Mi niña entrando en la alcoba con Perico? (Asaltándole un pensamiento diabólico.) ¡Pues ahora o jamás, señor San Blas! Este es el momento. ¡Veremos si es Miguel o soy yo quien al fin se sale con la suya! ¡Audacia, Soledad! Van a llevar un susto de muerte... (Empieza a dar gritos.) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgen santísima! ¡Ay, qué desesperación!

(Por la izquierda sale, todo alarmado, DON CONSTANTE, y al ver a Soledad, acude a ella.)

Don Constante. ¡Doña Soledad! ¿Qué le ocurre? ¿Qué le sucede?

Soledad. (Hecha un mar de lágrimas.) ¡Ay, don Constante de mi alma!

(De la alcoba salen CLARA y PERICO VERA.)

Perico Vera. Pero, ¿qué pa-a?

Clara. ¡Mamá!

Soledad. ¡Aparta, hija espúrea!

Clara. ¿Qué?...

(Por la derecha salen despavoridos DON MIGUEL y LOLITA.)

Don Miguel. ¿Eh?

Lolita. ¿Eh?

Don Miguel. ¿Qué ha sido?

Lolita. ¿Qué ha pasado?

Clara. ¡Si no lo sé!

Soledad. ¡Hazte ahora de nuevas! ¿Qué ha de pasar? Que al llegar aquí, me he encontrado a Perico con mi hija dentro de su cuarto...

Perico Vera. ¡Sí, señora, viendo unas fotografías!

Soledad. ¡¡Besándola!! (Asombro en todos.)

Todos. ¿Eh?

Perico Vera. ¿Besándola yo?

Soledad. ¡Usté!

Clara. ¡El no, mamá!

Soledad. ¡Calla!

Don Miguel. ¡Pero, Perico!..

Perico Vera. ¡Que es mentira, tío! ¡Que me registren! ¡Esa mujé está histérica!

Soledad. Y encima, lo niega. ¡Vaya un caballero! ¡Es verdad porque lo he visto yo, yo, yo! Y esto no se puede quedar así, como usté comprenderá.

Perico Vera. Por mí, que no se quede.

Soledad. ¡Se casará usté con Clarita!

Perico Vera. ¿Quién? ¿Yo? ¡Ca!

Don Miguel. ¡De ninguna manera! ¡Tendría que ver!

Soledad. ¡Y lo dices tú que tienes una hija!

Don Miguel. ¡Por eso! ¡No faltaba más! Considera que no ha sido la cosa para tanto

Clara. Y ademas, yo te juro, mamá...

Soledad. ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Todos contra mí! Porque me ven sola. ¡Si viviera mi marido, no me sucedería esto! (Levantándose airada.) ¡Ah, no! ¡Pero no estoy sola!

(Por el foro, oportunamente, aparece VENENO.)

Veneno. Buenas tardes.

Soledad. ¡Vicente! ¡A tiempo llegas!

Perico Vera. (¡*Veneno*! ¡Esto se ha complicao!)

Veneno. ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa, Soledad? ¿Tu yorando?

Soledad. Escúchame. Hace un instante acabo de sorprender a mi hija y tu sobrina en brazos de Perico...

Veneno. (Conteniendo una acometida hacia el pobre de Perico, que está ya más muerto que vivo.) ¿Qué? ¡Este granuja!...

Clara. ¡Que no, tío, que es mentira, que es que lo ha soñado!

Soledad. ¡Tú, créeme!

Veneno. Sigue. Y, ¿qué?

Soledad. Que al exigirle, como hombre y como caballero, que repare su falta casándose con ella...

Veneno. (Conteniendo otra acometida.) ¿Se niega?

Perico Vera. (Con entereza.) ¡No!

Todos. ¿Qué?

Perico Vera. ¡Que no me niego, que me casaré con Clara!

Don Miguel. (Loco.) Pero eso no puede ser, Perico. ¡Vicentito, hijo!.., Pero, ¿por qué se ha de casar?

Veneno. Don Migué, perdóneme usté que no le escuche, pero una cosa es la gratitú y otra el honó. ¡Y el honó está primero! Ha dicho que se casará con eya, y se casará.

Perico Vera. ¡Me casaré! Después de tó, no iba a encontrá otra tan de mi gusto... ¡Me casaré!

Don Miguel. (¡Pues esto es mucho peor que lo del otro!) (A Lolita.) ¡Tú tienes la culpa!

Lolita. ¿Yo? ¿Por qué?

Don Miguel. ¡Porque quien se ha debido meter ahí para ver las fotografías, eras tú!

Lolita. ¡Papá!

Perico Vera. ¡Clarita... esta es mi mano!

Clara. ¡Pedro!...

Soledad. ¡Gracias, Dios mío, gracias por este favor que me haces! (Abrazando a Perico.) ¡Hijo de mi alma! ¡Abrázalo, Vicente!

Don Constante. (¡Cayó como tenía que caer: de primo!)

(Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Y, sin embargo, siendo la misma, no ha de parecerlo, porque el patio, antes sucio, desconchado y pintarrajeado, está ahora limpio y reluciente; los muebles viejos de rejilla, que antiguamente lo ocupaban, se hallan sustituídos por elegantes sillones y sillas de médula, y todo, en fin, respira, en el patio y en la casa, aseo, cuidado, limpieza. Se supone que han transcurrido dos meses desde el acto anterior. Es de día, por la mañana.

—

(Al levantarse el telón aparecen en escena JOSEFILLA y MAROMA. Ella, hincada de rodillas, provista de un cubo y de una aljofifa, limpia las losetas del patio y él, con una bayeta y un bote, de «Sidol», saca brillo a los dorados de la cancela. Ambos visten trajes claros. Durante un rato, los dos permanecen callados y abstraídos en su respectiva labor.)

Maroma. (Recreándose en su obra) ¡Güeno; se ha quedao er tiradó como pa que la señora puea peinarse mirándose en é. ¡Vaya briyo! Es un ascua de oro.

Josefilla. Pos creo que de las losetas der patio, tampoco tendrá ná que desí.

Maroma. Eso, no; dirá de las losetas y der tiradó, si a mano viene, y de la ropa que yevamos... Por mucho que uno ponga de su parte, tratándose del aseo, tó le paese poco.

Josefilla. Como que yo no he visto mujé más exa gerá pa la limpiesa.

Maroma. Por supuesto, así trae ar señorito, que er pobre no suerta un catarro cuando coge otro.

Josefilla. ¡Naturá, señó! ¡Si ér no tié costumbre de esas cosas!

Maroma. Y que pa pasarse la vía en remojo, como se la pasa el amo desde que se casó, hay que habé nasío bacalao o garbanso, o habé estao en eyo desde chico. ¡Y er señorito, ya tú sabes que se ha críao en seco!

Josefilla. Pero no me negarás que es otro hombre.

Maroma. ¡Y tanto! Como que, en fuersa de rasparlo y escamondarlo la señora, lo ha cambiao der tó. ¿Habías tú pensao nunca que er señorito fuera rubio? ¡Pos rubio es! ¡Carcula lo que habrá tenío que hasé doña Clarita pa sacarle su coló!

Josefilla. ¡Vamos, Maroma, no te cueles! ¡A vé si crees que me he caío de un guindo!

Maroma. (Mirando hacia la derecha.) ¡De un guindo, no; pero te has caío, Josefiya! Por ahí anda Puancaré y como te haya visto hablá conmigo, te la has ganao.

Josefilla. ¿Y eso? ¿Te has fijao? ¡Lo enselaísimo que está de ti!

Maroma. Pos que no se ponga demasiao tonto er pelúo, porque lo dejo sin novia más pronto que la lú.

Josefilla. ¡Eso, habría que verlo!

Maroma. ¡Eso es lo que tú quisieras, pero no te hagas ilusiones! Así que no va diferensia de un ¡negra de mis carnes! que te diría yo, a un ¡me apipé! que te dise é por toa palabra cariñosa; que tampoco veo yo que sea cariño desirle a una mujé ¡me apipé! ¡Ca cuá se apipa lo que quiere, señó, y se lo caya!

Josefilla. (Riéndose.) ¡Chiquiyo, pero si lo que me yama es su poupé!

Maroma. ¿Cómo?

Josefilla. Me quiere desí su muñeca.

Maroma. Pos si te lo quiere desí, que te lo diga, pero que te lo diga claro.

Josefilla. Te arvierto que ya sabe muchas palabras en españó... ¡Como yo sé muchas en fransé! ¡No te creas, que este noviajo me está a mí sirviendo de mucho!

Maroma. ¡Digo!

Josefilla. (Como si le asaltara, de pronto, una idea.) ¡Por tu

salú, Maroma, ahora que me acuerdo; cuando hables con Maurisio, pregúntale, así, como quien no quiere la cosa, qué le pasó anoche en er ventorro e la Trini!

Maroma. Pero, ¿estuvo ayí?

Josefilla. Y presensió una juerga. ¡Haz porque te lo cuente, que te vas a reí!

Maroma. ¡Tendría que ver el hombre metío en sambra!

(Por la derecha sale RIBOT. Al verlo Josefilla deja de fregar y se seca las manos en su delantal para estrechar las que Ribot le tiende.)

Ribot. ¡Oh, ma poupé!...

Maroma. (¡Ea! ¡Ya estamos!)

Ribot. ¡Mon amour, que je t'aime!

Josefilla. ¡Moi je si que t'aime, mon petit chauffeur!

Maroma. (Intentando marcharse por la derecha amoscado.) ¡Güeno está, hombre!

Josefilla. Maroma ¿dónde vas? Pués quedarte, pués oír lo que hablamos... ¡No te retires, que no es ná secreto!

Maroma. ¿Y ensima er pitorreo?...

Ribot. (A Maroma.) C'est rien nous n'avons pas de secrets pour vous.

Maroma. ¡Tu tía!

Josefilla. ¡Maroma!

Maroma. (Siguiendo su camino.) ¡Que os maten!

Josefilla. ¡Pero, ven acá!

Ribot. ¡Oh, no se vaya usté, negro de mis carnes!

Maroma. (Deteniéndose.) ¡Mi agüela!

Josefilla. (Riéndose.) ¿Qué te parese? ¡Pa que le gastes chuflas! ¡Eso es que lo oyó anoche en er ventorro!

Maroma. (A Ribot.) Ya sé, ya sé que estuvo usté de parranda. ¡Amigo, bien nos divertimos!

Ribot. ¡Oh! ¿Qué es paganda?

Josefilla. ¡Que te fuiste de juerga!

Ribot. ¡Oh, sí, de juerga! Anoche fuí todo entusiasmado en la casita del colmo de la Trini.

Maroma. ¿Qué está usté hablando, señó? ¡La casita der cormo!... ¡Er cormao, querrá usté desí!

Ribot. ¡Oh, sí! Gracias. ¡El colmao! Yo divertirme y reírme las *tropas*, como se dice.

Maroma. ¡Güeno!

Ribot. Había un flamenco, todo triste, de esos que necesitan la distracción, tocando la guitaga...

Josefilla. Aburrío.

Ribot. ¿Cómo?

Josefilla. Se dise un flamenco aburrío.

Ribot. Eso, que necesitan la distracción.

Maroma. ¡Déjalo que se explique, mujé!

Ribot. Y una señoga toda anciana, con el pelo caído, que cantaba una copla mucho triste y los demás gritaban: ¡Ole, mi niña! ¡Hay que quererla!... Que no sé por qué habían de llamar niña a aquella pobre vieca ni por qué había que quererla siendo tan espantosa. Pero yo reírme, como le digo, las tropitas con todo aquello que nunca había presenciado. Bonito. ¡Mucho bonito! Gracioso. ¡Mucho gracioso!

Maroma. ¡Usté sí que es grasioso, musiú!

Ribot. (A Josefilla amorosamente.) ¡Oh, comme tú est charmante, ma belle!

Josefilla. Tu blagues, mon cher, ne dit pas de sottisses.

Maroma. ¡Anda, pos aquí Josefiya también chamuya lo suyo, que no se caya!

Ribot. ¡Oh, es muy mucho lista y adelantada Josefilla! Vámonos, Josefilla, y despídete de Maroma en francés porque vea todos tus progresos. ¿Es así como se pronuncia? ¿Progresos?

Maroma. No, señó. *¡Pogresos*, pero es iguá! Usté lo pué desí como quiera. ¡Que un fransé no sepa hablá bien el españó no es cosa que le sorprenda a nadie.

Ribot. Bueno, pues, allons, Josefilla. ¡Despídete!

Josefilla. Pero, ¿con tó lo que sé, Maurisio?

Ribot. Con todo.

Josefilla. Conforme.

Maroma. Pero antes yévate er cubo y la arjofifa; no me dejes na por en medio, que luego se dijusta la señora. (Le da el cubo y la aljofifa, que Josefilla coloca de la parte adentro de la puerta de la derecha.)

Josefilla. Trae.

Maroma. ¡Y vamos a vé esa despedía!

Josefilla. Prepárate. ¡Au revoir, monsieur!

Maroma. ¡Mira, qué bien!

Josefilla. (Todo seguido, con un tonillo de escuela de párvulos, entre las risas de Ribot y la estupefacción de Maroma.) Comme si, comme ça. ¡Fermez la porte! ¡Rien, rien! ¡Je ne

sais pas! ¡Beaucoup, beaucoup! ¡Mersi tres bien! ¡Quelque chose! ¡Le pain, le vin et le couteau! ¡Adieu, monsieur! ¡Porter vous bien! (Vase por la derecha.)

Ribot. (Como el artista de circo que realiza un trabajo difícil.) ¡La!

Maroma. ¡Mi madre! ¿Tanta cosa hay que desí en fransé pa largarse? (Ribot asiente.) ¡Pero, güeno, eso será pa largarse a Güenos Aires!... Porque, la verdá, no me explico, entonses, er por qué aquí, cuando uno se va sin desí palabra, disen que se ha despedío a la fransesa... ¡Ya se las trae la lengüesita, camará! En España es más sensiyo, ¿sabe usté? Dise uno ¡condiós! y ya está en la caye.

(Al foro, por detrás de los hierros de la cancela, aparece CAMPITOS.)

Campitos. ¿Hay lisensia pa entrá en este palasio encantao?

Maroma. (Con alegría.) ¡Señorito! ¿Cómo está usté?

Campitos. Bien. ¿Y tú, Maroma?

Maroma. Pa servirle. ¡Güena temporaiya hemos echao por ahí! Ribó, haga usté er favó de avisarle a doña Soledá que está aquí er señorito, pa que venga a abrí la cansela. ¿Se ha enterao usté? ¡No me vaya usté a traé un paraguas!

Ribot. ¡Oh, le paraplí, la, la! (Vase por la derecha.)

Maroma. ¡Vaya con er señorito!

Campitos. Pero, oye, ¿qué pasa? ¿Por qué no me abres tú?

Maroma. ¡Anda! Porque no tengo la yave. Esto está ahora reglamentao como un convento. Aquí no entra ni sale nadie como no sea con permiso de la señora o de su madre. Y como la señora no está, por eso he dicho que avisen a doña Soledá. ¡Ha cambiao mucho la casa desde er casamiento der señorito!

Campitos. Ya lo veo. De asperto ar menos, no la conose nadie.

(Por la derecha sale DOÑA SOLEDAD, con traje de casa, ya de alivio de luto.)

Soledad. ¿Quién?

Maroma. Doña Soledá, aquí er señorito que preguntaba si podía pasá.

Soledad. (Echando mano a una de las llaves que lleva colgadas en un llavero sujeto a la cintura y abriendo la cancela.) Pues, ¿no ha de poder pasar, si esta es su casa?

Campitos. Muchas grasias, señora.

Soledad. Adelante, Campitos, adelante. ¿Qué tal ese viaje? (Soledad cierra de nuevo la cancela.)

Campitos. ¡De primera!

Soledad. Entre usté y siéntese. Siéntese, Campitos. (A Maroma.) Avisa al señorito y dile quien está aquí. (Campitos se sienta.)

Maroma. Pero, ¿le digo que baje?

Soledad. Pues está claro, hombre.

Maroma. No; como sabe usté que la señorita argunos días lo tiene castigao...

Soledad. ¡No seas majadero! (Vase Maroma. Soledad se sienta cerca de Campitos.) ¿Y qué hay, Campitos? ¿Qué cuenta usté?

Campitos. Usté es quien ha de contarme, señora. ¡Cuántas cosas en dos meses!

Soledad. ¿Ha visto usté? Lo que no pasa en un año, pasa en un día. Pues, nada; de lo principal, supongo que estará usté enterado. Porque Perico se lo habrá escrito seguramente, ¿no?

Campitos. Sí, señora. Me dió parte de su boda con Clarita, pero no sé más.

Soledad. Ni hay más tampoco; que se casaron y que son felices.

Campitos. Lo que le estaba hasiendo farta a Perico era eso: una mujé que lo cuidara y que mirara por é y lo quitara de aqueya baraunda de líos con unas y con otras, que hubiera acabao por anularlo y por haserlo porvo. ¡Y por dónde ha venío a da con la horma de sus sapatos! ¡No ha sío chica suerte!

Soledad. Gracias, Campitos, por esos elogios que tanto me halagan.

Campitos. La verdá, señora. Yo soy incapá de desí lo que no siento.

Soledad. Por eso son más de agradecer sus alabanzas.

(Por la escalera baja PERICO, seguido de MAROMA. Perico se dirige a Campitos con los brazos abiertos. El cambio operado en

Carlomelle
Yalado
2ª 7

Perico es aún más sensible que el de la casa: el color terroso de su tez está sustituído por otro sonrosado que revela salud, y su antiguo traje, lleno de manchas y de un matiz indefinible, es en el presente un terno de franela crema, limpio e impecable.)

Perico Vera. ¡Campitos!

Campitos. (Levantándose y sorprendiéndose al verle.) ¡Chiquiyo! Pero, ¿eres tú? Señora, haga usté er favó de presentármelo, que este no es el amigo que me dejé yo aquí.

Soledad. Ha sido un cambio, ¿verdad?

Campitos. ¡Pero un cambio en la cabesa! Está desconosío.

Maroma. (¡Hay que vé ar señorito; es una hortensia!) (Vase por la derecha.)

Perico Vera. ¡Vamos, Campitos, que no es pa tanto!

Campitos. Tú quisá no lo apresies como yo; pero te júro que si te encuentro en la caye, no te saludo. ¡Eres otro, Pedro!

Perico Vera. ¡Güeno, siéntate, que hablemos!

Soledad. (Levantándose.) Les dejo a ustedes solos, para que charlen con más libertad de sus asuntos. (Dándole la mano a Campitos.) Mucho gusto, Campitos, en haberle vuelto a ver.

Campitos. Er gusto es mío, señora.

Soledad. Tú, Perico, si quieres desayunarte, en el comedor estoy. ¡Lo mismo le digo, Campitos!

Campitos Muchas grasias.

Soledad. Con toda confianza, ¿eh? Está usté en su casa.

Campitos. Muy amable, señora.

(Vase Soledad por la derecha y Campitos se vuelve alegremente hacia Perico, el cual lo recibe con una sonrisa triste y con un gesto de amarga resignación.)

Perico Vera. ¡Me han cogío la vé!

Campitos. ¿Qué dises?

Perico Vera. ¡Que me han cogío la vé! Ar más listo le pasa. (Saca el pañuelo y se limpia las narices, cosa que repetirá varias veces en el transcurso del acto.) Me han dominao, me han esclavisao, me han hecho sisco. Tenías tú rasón. No soy er mismo. ¿Qué he de serlo? ¡Ni yo me reconozco!

Campitos. Pero, güeno, si es pa tu bien, ¿qué te importa?

Perico Vera. Si no me quejo, Campitos, ar contrario; le doy muchas grasias a Dios... ¡Me lamento na más!

Campitos. Cuéntame, cuéntame, despasito, por partes, que yo me entere de tó. (Se sientan. Perico, antes de sentarse limpia la silla con su pañuelo.) Tu casamiento con Clarita, ¿cómo fué? Porque yo te dejé sin haberte declarao siquiera y no yevaba una semana en Málaga cuando resibí tu tarjeta «Clara Satraño y Pedro Vera partisipan a usté su efertuao enlase»...

Perico Vera. Pos fué... ¡Una enserrona!

Campitos ¿Qué?

Perico Vera. Una enserrona; no tiene otro nombre. Mi suegra, que—carabinera había de sé—me pescó en mi arcoba con su hija viendo unos retratos y se aprovechó de eso pa levantá una montaña; y con la intervención de *Veneno*, que es mi sombra negra, pos me casaron por la posta, sin que valieran protestas y negativas. Fué una cosa amaña por eyos y tó se hiso a senserros tapaos, sin que se enteraran arriba de cuatro personas. Ar prinsipio, yo mismo estaba satisfecho; Clarita me gustaba, y me gusta ca día más—eso es aparte—y fiao en lo que eya me había dicho tantas veses resperto al matrimonio, pos hasta pensé que era un bien er casarme porque satisfasía un capricho mío y podía seguí hasiendo lo que se me antojara, pero, sí, sí... ¡Me perdió er modito, ese modito de eya, que era to su atrartivo! En cuanto mi mujé se vió dueña der campo, empesó Cristo a padesé, y aquí me encuentras, enserrao, hecho un márti, sin salí a la caye, sin ve a nadie, en manos de eya y de mi suegra, que son pa mí dos hermanas de la caridá, por lo mucho que me miman y me cuidan, pero que me traen frito. ¡Frito, Campitos de mi arma!

Campitos. Pero, ¿por qué, Perico? Tú asperto, tu persona, disen salú y bienestá y satisfarsión cumplía.

Perico Vera. Lo disen y es verdá. ¡Pero si no me quejo! He empesao por desirte que no me quejo, y que bendigo la hora en que me casé. Mi mujé es... ¿Qué te diría yo? ¿La Virgen?... ¡Pos eso! No la hay mejó, ni se encuentra otra en er mundo que varga lo que eya. ¡Qué agrao er suyo, qué disposisión, qué haserse cargo de tó en un minuto, qué forma de yevá esta casa, que ni en vía de mi madre estuvo como está hoy!... ¡De eso,

ni hablá! ¡La improsurta! ¿Te acuerdas que yo estaba bardao del estómago, que no podía comé más que paper de seda o cabeyo de ange o cosas así delicás y fasirmente digeribles, y eso a fuersa de latas de bicarbonato? Pos hase un mes que como de tó, y er bicarbonato lo he tirao por la ventana, y aquí me tienes. ¡A eya se lo debo! ¿Te acuerdas que aquí tós eran a yevarse y ninguno a da, y los colonos no entregaban la renta, y esto iba camino der desastre? Pos hoy paga tó er mundo, y no se margasta un reá, y empleando menos dinero, se vive más y mejó que cuando se tiraba a montones. ¡Obra de eya! Eya con su habilidá ha sabío trastornarlo tó, y eya ha limpiao de miserias este patio y pintao esas paredes y embeyesío la casa entera, con sus manitas blancas, que ande las pone paese que brotan claveles y jazmines. ¿Dije la Virgen? ¡Pos toavía me quedé corto pa ponderarte lo que vale! ¡No es eso, Campitos!

Campitos. Entonses, ¿de qué te quejas, condenao?

Perico Vera. Pero si no me quejo; me lamento.

Campitos. Ni lamentarte siquiera. ¿De qué?

Perico Vera. De que me perdió er modito, de que me engañó con su charla, de que yo me pensé seguí mi rumbo, y he tenío que variá a su antojo y dejá mi senda pa seguí la suya.

Campitos. Te quejas de visio, Perico.

Perico Vera. ¡Y dalé! ¡Que no me quejo!

Campitos O te lamentas de visio. Da iguá.

Perico Vera. No, Campitos, no. Tú no sabes lo que es pa mi estarme los días y los días metío entre estas cuatro paredes.

Campitos. ¿Y dónde vas a í que te encuentres mejó?

Perico Vera Tú no sabes lo que es yevá a toas horas este trajesito, que con el aliento se mancha, y está pendiente de que no se ensusie, porque mota que le caiga, bronca que me he ganao y morro de mi mujé pa una quinsena.

Campitos. Mirá por la ropa no está mar tampoco, Perico.

Perico Vera. Tú no sabes lo que es no probá una caña e mansaniya...

Campitos ¡Caray!

Perico Vera. ¡Tú no sabes lo que es bañarse!

Campitos. ¡Hombre, yo, sí!

Perico Vera ¿Pero dos veses ar día, haga caló o haga frío, y tenerse que lavá la cara y las manos antes de acostarse? Eso...

Campitos ¡Eso, no!

Perico Vera. ¡Pos eso tengo yo que hasé o no me deja meterme en la cama! ¿Es martirio? ¡Así me ves, con las narises escoriás, der catarraso que he piyao!

Campitos Pero, güeno, chiquiyo, después de tó no tiene importansia.

Perico Vera. ¡Será pa ti!

Campitos. Lo sierto y positivo es que debes repicar a gloria por da con la mujé que has dao. (Sacando su petaca y ofreciéndole un pitillo a Perico.) ¿Un sigarrito?

Perico Vera. (Tomándole con verdadera ansia.) Venga. Te lo agradezco más que si me regalaras diez mir duros.

Campitos Pos, ¿qué pasa? ¿También te han prohibío fumá?

Perico Vera. No me lo han prohibío, pero pa er caso es lo mismo.

Campitos. Explícate.

Perico Vera. No me dejan que fume más que tabaco del estanco, y er que mandan aquí ya tú sabes que no hay garganta que lo resista. En er pueblo fumábamos tós de contrabando, pero como mi suegra es viuda de un comandante de carabineros, pos dise que en su casa no entra tabaco de contrabando, mientras eya viva, porque eso es ofendé la memoria de su difunto.

Campitos. (Riéndose.) ¡Tiene grasia!

Perico Vera. ¡Y totar, que no fumo! ¡Me ha reventao mi suegro por conducto de mi suegra!

Campitos. ¡Vaya por Dios!

(Campitos tira al suelo la cerilla con que ha encendido el cigarro. Perico, disimuladamente se agacha para recogerla, busca con la vista donde dejarla, y no encontrando sitio a propósito concluye metiéndoscla en un bolsillo de su americana. Luego enciende su pitillo, apaga la cerilla y la guarda en la caja.)

Perico Vera. (Fumando con delectación.) ¡Qué bien sabe! Déjame tres o cuatro.

Campitos. (Ofreciéndole su petaca.) Los que quieras.

Perico Vera. Tres o cuatro ná más. (Se guarda unos pitillos.) ¡Como me los vean, me los tiran!

Campitos. Eso ya va siendo martirio.

Perico Vera. Y lo otro también; sino que como tú no lo pasas... Me perdió er modito. ¡Er modito ha sío mi ruina!

(Por la escalera baja DON MIGUEL, realmente elegante y fastuoso.)

Campitos. ¡Hombre, tu tío! (Levantándose y yendo a saludarlo.) ¡Don Migué!

Don Miguel. ¿Qué tal, amigo Campos?

Campitos. Perfertamente. Y usté, ¿cómo está?

Don Miguel. ¡Ahí vamos!

Campitos. ¿Y Lolita?

Don Miguel. ¿Mi hija? Arriba, escribiéndole al novio.

Campitos. (Con asombro.) ¿Eh?

Don Miguel. ¿Le sorprende? ¿Es que no puede mi hija tener novio?

Campitos. (Azoradísimo.) No, señó; digo, sí, señó.

(Perico se sonríe disimuladamente, viendo la turbación de Campitos.)

Don Miguel. ¡Pues hombre! ¿Te has desayunado, Perico?

Perico Vera. Ahora iré.

Campitos. Por mí...

Perico Vera. Es temprano. Aguardaré que vuerva Clara.

Don Miguel. Como quieras. Bien venido Campitos.

Campitos. Bien hayao, señó. (Vase don Miguel por la derecha. Campitos se vuelve consternado hacia Perico.) ¿Has oído?

Perico Vera. No le hagas caso. De sobra sabe que su hija tiene relasiones contigo; pero como no te pué tragá, sin que yo me explique la rasón, ha dicho lo que ha dicho por mortificarte.

Campitos. Pos me ha hecho pasá un susto de muerte.

Perico Vera. Ya te he visto la cara. No te preocupes. Mi prima está cá día más prendá de ti, y si no ha bajao ya a saludarte, es porque no la han avisao que estás aquí.

Campitos. ¿Y a qué aguardas, Perico?

Perico Vera. Cuenta, además, con que mi suegra ha tomao a su cargo er convensé a mi tío pa que consienta vuestro noviajo, y malo ha de sé que no lo consiga; mucho más, estando mi tío como está, emperrao en casarse con eya.

Campitos. ¡Abrásame, Perico! ¡Me das la vía con la notisia!

Perico Vera. Por eso te dije que no te preocuparas.

Campitos. ¡Qué güena es doña Soledá! ¡Doña Soledá es una santa!

Perico Vera. ¡Campitos!

Campitos. ¿Qué?

Perico Vera. ¡Haz er favó de no blasfemá en mi presensia! (Se ríen los dos. Al través de los hierros de la cancela, aparecen por el foro CLARA, DON CONSTANTE y VENENO. Clara abre la cancela y la deja abierta; lleva puesto un traje claro y un mantón negro, liso, colocado en forma de chal.) Mira. ¡Aquí yega mi mujé!

(Entran en escena Clara, don Constante y Veneno.)

Campitos. (Acudiendo a saludar a Clara.) ¡Clarita!

Clara. (Con alegría.) ¡Hola, Campitos! ¿Usted por aquí? ¿Cuándo ha venido?

Campitos. Esta mañana.

Don Constante. Buenos días. (Se sienta.)

Veneno. Güenos días. (Se sienta también.)

Campitos. Güenos días, señores.

(Por la derecha salen JOSEFILLA, MAROMA y RIBOT, y se quedan a la puerta esperando órdenes.)

Clara. (A don Constante y a Veneno.) ¿Qué? ¿Estamos muy rendidos?

Don Constante. (Casi sin poder hablar.) ¡Figúrese usted! No están ya mis piernas para esos trotes.

Veneno. Es incansable esta criatura. Lo que ha corrido y ha bajao y han ido de un lao a otro...

Clara. Pues aquí me ven. Dispuesta a seguir lo que haga falta.

Veneno. Eres de asero.

Don Constante. Los años, los años...

Clara. ¿Te han dado el desayuno, Pedro?

Perico Vera. Esperaba pa tomarlo contigo.

Clara. ¡Pero, hombre, por Dios!... (A Josefilla.) Y al Ama, ¿le han entrado la leche, le han puesto el termómetro?

Josefilla. No, señora; aguardábamos a que viniera usté pa...

Clara. (Sin dejarla acabar.) ¡Anda y sírvesela al instan-

te! ¡Pobre mujer! ¡Cuatro horas sin tomar alimento! ¡Corre! (Josefilla se marcha por la derecha.)

Campitos. Pero, ¿está enferma el Ama?

Clara. Nada, no es nada; pero a su edad, cualquier cosita... Por eso la he hecho guardar cama. ¡Un catarrillo que cogió! No es nada.

Perico Vera. (Limpiándose las narices.) ¡La enfermedá der día!

Clara. ¡Cállate, Perico! (Fijándose en él.) ¡A ver! ¿Qué tienes ahí? ¿Una mancha?

Perico Vera. ¡No me asustes!

Clara. No; es ceniza. ¿Has fumado?

Perico Vera. Un sigarriyo que me dió Campitos.

Clara. Ya. ¿Qué haces tú ahí, Maroma?

Maroma. ¡Señorita!...

Clara. ¿Has bañado al perro?

Perico Vera. (A Campitos.) ¿No te digo?

Maroma. ¡No, señora!

Clara. ¿Y por qué?

Maroma. Pos no lo he bañao, señora, porque el animalito no para de estornudá, y ante er temó de que coja una pormonía...

Clara. ¡A bañarlo ahora mismo! ¡Tendría que ver!

Maroma. Lo que usté me mande. (Vase por la derecha.)

Clara. Y usted, Ribot, prepare el coche, que vamos a ir a la Huerta del Arroyo.

Ribot. Tres bien, madame. (Vase por el foro.)

Clara. Y usted, don Constante, a ver si me entrega hoy el estado de cuentas. Necesito el balance de lo que va de año. Perdone usted, pero...

Don Constante. (Levantándose.) De nada, señora. Está usted en su derecho. ¡No faltaba más! Voy al momento. Con su permiso, señores. (Vase por la izquierda.)

Perico Vera. Pero, mujé. ¿Exigirle cuentas a don Constante? ¡Tú también eres!...

Clara. ¡A don Constante y al moro Muza!

Perico Vera. ¡Ah, güeno, güeno! Tú dispones.

Clara. Me hace falta saber cómo va ésto, y la mejor forma de enterarme es viendo la liquidación ¡Ay, Jesús, qué marèo! (Mirando a todos lados) Como una falte dos minutos de la casa, todo ha de andar manga por hombro. (A gritos.) ¡Josefilla!

Veneno. Pero, ¿qué pasa?

(Por la derecha sale JOSEFILLA, alarmadísima.)

Josefilla. Mándeme usté.

Clara. (Cogiendo el bote de «Sidol» y la bayeta que se dejó olvidados Maroma.) ¿Qué hacen aquí este bote de «Sidol» y esta bayeta? ¿No os tengo dicho que no me dejéis cosas por en medio?

Josefilla. Eso habrá sío Maroma, que ha estao limpiando los doraos.

Clara. ¡Quien haya sido! ¡Llévatelos!

(Se los da. Por la derecha sale MAROMA con el perro que apareció en el primer acto.)

Josefilla. (A Maroma.) ¿Ves? Por tu curpa, ya me he ganao yo una bronca.

Maroma. ¿Qué ha pasao?

Josefilla. ¡Er «Sidó», que te lo habías dejao aquí!

Clara. ¡Menos conversación! ¡A lo que os he mandado!

(Josefilla se va por la derecha y Maroma se encamina hacia el foro con el perro.)

Maroma. (¡Vamos ayá! ¡Anda, *Adercrín*! De esta hecha parma *Adercrín* y parma er gato. ¡La ha tomao con los moros, por lo visto!) (Sale por el foro.)

Clara. ¡Esta gente!... ¡Dios mío!... Como no esté una encima, no hace nada. Por supuesto, acostumbrada a pasarse la vida al sol, cruzada de brazos... (Sentándose entre Campitos y Perico.) Dispense usté, Campitos, que no le haya atendido, pero ya usté ve... ¿Y Lolita? ¡Le han dicho a Lolita que está usté aquí?

Campitos. Toavía no.

Clara. ¡Pero, por Dios santo!... (A Perico.) ¿Y no se te mueve el alma?... (Se levanta dispuesta a subir por Lolita.)

Perico Vera. (Cogiéndola por la falda y obligándola a sentarse.) Ven acá, ven acá, no seas tan fuguiya, Aguarda, que Lolita se está vistiendo. Ya se le avisará. Y dime, que estoy ansioso por sabé... ¿Qué has arreglao?

Clara. ¡Que te lo cuente mi tío!

Perico Vera. ¿Y por qué no tú?

Veneno. Me gustaría que la hubieras visto.

Perico Vera. Y eso quería yo, pero no me dejó que fuera.

Clara. Porque lo habrías echado todo a perder. Tú

no tienes condiciones ni energías para tratar con esos cafres.

Perico Vera. (A Campitos.) ¡Ya la oyes! Eya es aquí el hombre y la mujé y tó. ¡No hay más que eya!

Campitos. Pero, ¿de qué se trata?

Perico Vera. Los trabajadores que hace una semana se nos han declarao en huerga y ésta se ha plantao esta mañana en los cortijos con Visente y don Constante, dispuesta a solusioná er paro.

Clara. ¡Y solucionado está!

Perico Vera. ¿Qué?

Clara. ¡Ya se trabaja en las Moreras y en el Sotillo!

Perico Vera. ¡No me lo digas!

Clara. ¡Que te cuente mi tío!

Veneno. ¡Ha habío que verla! Ni don Constante ni yo hemos intervenío pa ná. Eya sola se fué a la gañanía, reunió a los braseros y ayí les echó un discurso, que ni Castelá, y la gente que, ar prinsipio, se presentó hostí, acabó vitoreándola.

Perico Vera. (A Campitos.) ¡Er modito! ¡Los ha ganao con er modito!

Veneno. ¡Y ya están trabajando!

Perico Vera. (A Clara.) Pero, ¿les habrás aumentao los jornales?

Clara. ¡Ni un céntimo! ¿Qué mérito tendría entonces?

Perico Vera. ¡Eres única, chiquiya!

Veneno. ¡Bien has queao, bien! ¡Pués estar orgullosa!

(Por la derecha salen DON MIGUEL y SOLEDAD.)

Don Miguel. ¿Qué?

Soledad. ¿Qué hay?

Don Miguel. ¿Se ha conseguido algo?

Veneno. ¿Cómo que si se ha conseguío? ¡Ahí la tenéis! Es una heroina.

Soledad. Pero, ¿la huelga?...

Veneno. Solusioná.

Don Miguel. ¿Es posible?

Veneno. ¡Y tó por eya!

Soledad. ¡Hija de mi vida!

(Va a ir a brazarla en el momento en que aparece por el foro MONECIPIO, derrotado, envejecido, hecho una lástima.)

Monecipio. ¿Se pué pasá?

Clara. ¡Monecipio!... ¡Entre usté!

Campitos. Pero, ¿qué viene a hasé aquí este hombre?

Clara (A Perico.) ¡Ah! ¿No le has contado a Campitos...? Ahora se lo contaré yo o haré que se lo cuente el propio interesado, que será más divertido. ¡Entre usté, Monecipio, entre usté!

Monecipio. ¡Salú, doña Clarita y la compaña!

Clara. Mire usté a quién tiene usté aquí; un antiguo amigo...

Monecipio. (Abrazando a Campitos con lágrimas en los ojos.) ¡Campitos de mi corasón!

Campitos. Pero, ¿qué le pasa a este hombre?

Monecipio. (Dándole otro abrazo.) ¡Campitos de mi arma!

Campitos. Pero, ¿qué le ocurre a usté, Monesipio?

Monecipio. ¿No lo sabes? ¿No te lo han dicho? ¡Qué solo me he quedao, hijo mío, qué solo!

Campitos. (Alarmado.) ¡Caray! ¿Se ha muerto Angustias?

Monecipio. ¡Mejó hubiera sío!

Clara. Se le ha escapado con el sinvergüenza de Balazo, dejándolo sin dos reales.

Campitos. ¿Qué me cuentan ustés?

Monecipio. Dejándome a peresé, Campitos e mi vía; que si no fuera por esta güena arma (Señala a Clara.) que se apiadó de mí y me pasa un duro diario pa que coma—¡un divé se lo premie!—ya me habría muerto de hambre. ¡Charranes! ¡Mar nasios! ¡Así premita Dios que escorpiones se les vuervan los biyetes que me han robao! ¡Desagradesíos! ¡Cuervos!

Soledad. Pero no le dice a usté que él, antes, en combinación con su sobrina, intentó robarnos a nosotros veinte mil duros.

Monecipio. ¡Por su salú, doña Soledá, no me recuerde usté aqueyo, que er recuerdo me quema er pensamiento; y más ar vé lo bien que, luego, se han portao ustés conmigo! ¡Por su salú, doña Soledá!...

Clara. Pues es preciso que se lo cuente usté a Campitos.

Monecipio. ¡Doña Clarita de mi sangre!...

Don Miguel. Nada, nada. Cuéntelo, Monecipio. Más vergüenza le debió a usté de dar de hacer lo que hizo que de narrarlo ahora.

Monecipio. ¡Don Migué de mis curpas!...

Veneno. ¡Cuéntalo, hombre!

Monecipio. ¡Don Visente de mi corasón!

Perico Vera. Y si no lo cuenta usté, lo cuento yo.

Monecipio. ¡Perico!... ¡Hijo míol... ¡No me hagas pasá por ese bochorno!

Perico Vera. (A Campitos.) Has de sabé que este granuja...

Monecipio. ¡Perico!...

Clara. ¡Granuja, sí, señor!

Monecipio. ¡Doña Clarita!...

Soledad. ¡Granuja y medio!

Monecipio. ¡Doña Soledá!...

Veneno. ¡Y aún se quean cortos!

Monecipio. ¡Don Visente!

Don Miguel. ¡El muy canalla!

Monecipio. ¡Don Migué!...

Perico Vera. (A Campitos.) Ya tú sabes que, desde hasía tiempo, venían hasiéndome la cama pa que yo me tragara la pírdora de que la Dalia iba a tené un hijo mío...

Monecipio. ¡Perico!

Perico Vera. ¡Se lo voy a contá, sí, señó!

Monecipio. (Resignándose.) Como quieras.

Perico Vera. Pos no yevaría ni diez días de casao cuando una tarde se presentaron aquí éste y su sobrina a prepará er timo; a desí que eya había dao a lú un niño hermosísimo con toa mi cara y que o se le entregaban sien mir pesetas o, de lo contrario, iban a hasé y acontesé...

Don Miguel. ¡Un chantage!

Monecipio. ¡Don Migué!

Don Miguel. Un chantage, sí, señor; así se llama.

Monecipio. (Volviéndose a resignar.) Como usté quiera.

Clara. La suerte fué que llegó mi tío...

Monecipio. ¿Suerte pa quién, doña Clarita?

Clara. ¡Para nosotros!

Monecipio. ¡Ah, güeno!

Clara. Y a instancias suyas se avisó a casa del Compadre, que era donde, según ellos, estaba el rorro, para que lo trajeran y lo viésemos. Y en efecto, al cabo de un rato—no puedo acordarme sin soltar la risa—, apareció aquí el Compadre, trayendo de la mano... ¿A

quién dirá usté?... ¡A un niño de cinco años, hijo suyo! (Se ríen todos, menos Monecipio, como es natural.)

Monecipio. (¡Pa darle en la nuca!)

Clara. ¡Calcule usté cómo nos quedaríamos!

Campitos. Pero, ¿qué pasó?

Soledad. Pues, sencillamente, que el Compadre interpretó mal el recado y, en lugar de traer a su chico recien nacido, que era lo apalabrado para darnos el pego, trajo al otro, con lo cual se descubrió el pastel y todo se vino al suelo, dejando a la Dalia y a Monecipio corridos como monas. (Todos lo miran.)

Monecipio. (¡Qué sonrojo!)

Soledad. Mi hermano los quiso meter en la cárcel...

Veneno. ¡Qué ocasión perdimos!

Monecipio. ¡Don Visente!

Clara. Pero a ruegos míos se les dejó marchar.

Perico Vera. Conque ahí tienes, contá en pocas palabras, la faenita de este cabayero.

Monecipio. ¡Perico!...

Clara. ¿Es villanía?

Monecipio. ¡Doña Clarita!...

Campitos. ¡Es pa estreyarlo, vamos!...

Monecipio. ¡Campitos!...

Clara. Pero, déjelo usté, que Dios no se queda con nada de nadie, y el castigo no se hizo esperar. A la mañana siguiente, desaparecían del pueblo Balazo y la Dalia, llevándose todos los ahorros de Monecipio y dejándolo como usté lo ve.

Campitos. ¿Y usté ha sío tan güena, que ensima de tó?...

Monecipio. (Conmovido.) ¡Pa besá por donde pisa, pa resarle en crú, pa cortá una tira de su vestío y guardarla en un relicario! ¡Es una santa, una santa, Campitos!

Clara. (Acudiendo a él solícita.) ¡Vamos, vamos, a callarnos ya, que no es para tanto! (Cogiendo a Monecipio del brazo.) Venga usté, venga usté conmigo, que le voy a dar café... ¡Y un puro! ¡Andad! Venid todos. Vamos a desayunarnos.

Monecipio. ¡Pa ponerla en un camarín! ¡Pa sacarla en andas!

Clara. Bien está, Monecipio, ya está bien. ¡A callar! ¡A callar! (Pobre hombre!)

(Desaparecen por la derecha Clara y Monecipio, él elogiándo y ella obligándole a callar.)

Campitos. (A Perico.) ¡Ni con un candí encuentras otra mejó!

Perico Vera. ¡Ya lo sé!

Campitos. (A Veneno.) ¡Pase usté, mi teniente!

(Se van, por la derecha, Perico, Veneno y Campitos.)

Soledad. (Encaminándose también hacia la derecha.) ¡Qué hija! ¡Qué corazón tiene!

Don Miguel. (En actitnd amorosa.) ¡Soledad! ¡No te vayas!

Soledad. ¡Miguel!...

Don Miguel. ¡Por Dios, que te pareces a Monecipio! Espera aquí, que es preciso que hablemos.

Soledad. Esperaré, porque no digas. (Se sienta.) ¿Qué me quieres?... (Mirándolo mientras él se contonea.) Y ahora que reparo... ¡Qué elegante estás, qué fastuoso! ¿Para quién te has compuesto tanto, Miguel?

Don Miguel. (Melifluamente y en actitud ridícula de conquistador.) ¡Para tí, Soledad!

Soledad. (Riéndose.) ¡Vamos, criatura! ¡Déjame de tonterías y mírate a un espejo, que ha llovido mucho desde que en este mismo patio me echaste la primera flor.

Don Miguel. (Mirándola con arrobo.) Pero esa lluvia que ha caido en tanto tiempo, la ha hecho de nuevo florecer y acudir a mis labios con igual emoción que entonces para decirte como antaño; te quiero, Soledad.

Soledad. ¡Miguel, que está ahí don Constante y puede oírte, y se va a reír de nosotros!

Don Miguel. (En una salida de tono.) ¡Y no es pescozón el que se gana! (Volviendo al tono amoroso.) Escúchame, Soledad. El obstáculo que podía existir para ti, ya no existe, tu hija está casada y eres libre de disponer de tu vida. ¿Quieres ser mi esposa, Soledad?

Soledad. Miguel, en serio creo que me hablas, y en serio voy a contestarte. Cierto que el obstáculo de mi hija ha desaparecido, pero, en cambio, queda el de la tuya. Consiente en su boda con Campitos, y después ya hablaremos nosotros.

Don Miguel Pero, ¿por qué esa imposición si Campitos es un títere?

Soledad. Muy cierto, pero es hijo único, y su padre no se dejaría cortar un dedo por doscientos mil duros.

Don Miguel. ¡Caray! ¿Por doscientos mil duros?

¿Dónde está Campitos? ¡Si hubieras empezado por ahí!...

Soledad. Como nunca has dejado que se trate de ese asunto...

Don Miguel. Por mí, que se casen mañana. ¡Si no es más que eso!

Soledad. ¿Consientes?

Don Miguel. Chica, con doscientos mil duros mi yerno y tu cariño por contera, sería estúpido no consentir. ¿No lo comprendes?

Soledad. ¡Qué alegría se va a llevar tu hija!

Don Mignel. Pero no le digas nada aún. Aguardemos un poco. (Volviendo al tono amoroso y sentimental.) Y dime, Soledad, ¿de veras me vas a querer?

Soledad. ¡Miguel!

Don Miguel. (Como antes.) ¡Caray, que se te ha pegado el tonillo de ese mamarracho! (Acercando mucho su silla a la de ella, y hablándole más con el aliento que con la voz, pausadamente, dulcemente, tratando de infiltrarle en el corazón sus palabras.) ¿Recuerdas, Soledad? Fué... aquí mismo, hace veinticinco años, cuando... ¿Recuerdas, Soledad? (Soledad baja la vista al suelo.) Tú estabas sentada donde estás ahora, bordando un edredón, y yo, a tu lado, mirándote como ahora, comiéndote con los ojos, te decía, una y mil veces, te quiero, Soledad, te quiero... Y de pronto...

Soledad. ¡Calla, Miguel!

Don Miguel. (Con la cara junto a la de ella.) De pronto, tú me miraste también, y en un impulso, sin decir palabra...

Soledad. ¡Miguel!... (Y pone la boca como para dar un beso.)

Galiano 1º 3 pliegos

(En este momento sale DON CONSTANTE, por la primera izquierda, repasando unos papeles que trae en la mano.)

Don Constante. — Pues no me salen, no me salen las cuentas.

(Al oír la voz de don Constante, se levantan rápidamente don Miguel y Soledad, azoradísimos.)

Don Miguel. ¿Eh?

Soledad. ¡Don Constante! ¡Jesús! ¡Si nos habrá visto! ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué bochorno! (Vase corriendo por la derecha, tapándose el rostro con las manos.)

Don Miguel. ¡Qué inoportunidad de hombre!

Don Constante. No me salen las cuentas, don Miguel. Y claro está que no me salen porque no encuentro forma de justificar las cinco mil pesetas que usted debe.

Don Miguel. Póngalas usté en gastos diversos, o en el blanqueo de la casa, o en las tejas...

Don Constante. ¿Cinco mil pesetas en las tejas?

Don Miguel. Señor, ¿no las tiene usté en el alero?

Don Constante. ¡Desde que usted se las llevó!

Don Miguel. Pues por lo mismo. Le dejo a usté entregado a la amarga poesía de los números. ¡Hasta ahora, don Constante! (¡Me ha chafado este hombre el momento cumbre de mi declaración!) (Se tira de los puños, y se marcha por la derecha hecho un brazo de mar, dejando estupefacto a don Constante.)

Don Constante. ¡Perfectamente! ¡Y encima de que él es el causante de mi preocupación, se marcha! .. Pues yo pongo que se las he dado a su merced y me quito de quebraderos de cabeza. (Don Constante se encamina hacia su despacho.) (Por la derecha sale CLARA.)

Clara. ¿Qué? ¿Están ya esas cuentas, don Constante?

Don Constante. (Volviéndose a medias.) ¡Van estando, señora, van estando! (¡Lo dicho! Y que cada cual cargue con lo suyo.) (Vase por la primera izquierda. Clara se dirige hacia la escalera, a tiempo de que baja LOLITA.)

Clara. En tu busca iba.

Lolita. ¿He faltado a algo?

Clara. Hace dos horas que está aquí tu novio, y tú, arriba, en el Limbo.

Lolita. Como nadie me ha dicho nada... ¿Cuándo ha llegado?

Clara. Esta mañana; y del tren ha venido a verte.

Lolita. Y, ¿dónde está?

Clara. En el comedor; pero espéralo aquí, que ahora te lo mandaré, mientras, yo entretengo a tu padre.

Lolita. ¡Qué buena eres, Clara! (Vase Clara por la derecha.) ¡Pepe aquí, y yo sin saberlo! ¡Y luego dicen que el corazón no engaña, que hace presentir las cosas!... ¡Pues el mío, en esta ocasión, bien calladito que se ha estado! (Viendo salir por la derecha a CAMPITOS.) ¡Pepe!

Campitos. ¡Chiquiya! (Se estrechan las manos.)

Lolita. ¿Es posible que lleves aquí dos horas como me ha dicho Clarita?

Campitos. ¡Dos horas largas esperando este momento!

Lolita. ¿Y qué? ¿Cómo lo has pasado? ¿Cómo te ha ido?

Campitos. ¡Imagínatelo!

Lolita. ¿Te has acordado mucho de mí?

Campitos. Mucho. ¡Sobre tó por las noches!

Lolita. (Con una sonrisa picaresca.) ¡Pepe!... No seas malo.

Campitos. Digo por las noches, porque era cuando podíamos hablá con tranquilidá, aprovechando er rato que tu padre se iba ar Casino.

Lolita. (Decepcionada.) ¡Ya!

Campitos. ¿Qué te habías tú pensao?

Lolita. Nada, Pepe...

Campitos. ¡Si supieras cuánto he soñao con este instante de vorverme a encontrá serca de ti!

Lolita. Pues, ¿y yo?

Campitos. Esa manía de tu padre de no dejarte sé mi mujé, me trae consumío.

Lolita. ¿Te atreves a que hagamos una cosa?

Campitos. Tú me dirás.

Lolita. ¿Vamos a fugarnos?

Campitos. ¿Otro viaje, mujé, si acabo de yegá?

Lolita. O méteme ahí, en la alcoba de Perico, a ver si nos cogen y nos casan como le casaron a él. ¡A mí no se me ocurren otros recursos!

Campitos. Desde luego. Argo tendremos que inventá, porque así no es posible que nos pasemos la vía.

Lolita. Separados el uno del otro.

Campitos. Pensando a ca momento: y ahora, ¿qué hará?

Lolita. ¡Bobo!

Campitos. ¡Guapa!

Lolita. ¡Feo! (Inopinadamente salen por la derecha SOLEDAD y DON MIGUEL, sorprendiendo el coloquio de los novios. Estos se separan rápidamente, quedando avergonzados y corridos y con la vista al suelo.) ¡Ay! Mi padre.

Campitos. (¡Nos cogió!)

Don Miguel. (Después de una pausa y con el ceño adusto.) ¡Muy bien, muy bien; me parece muy bien!

Lolita. ¡Papá!...

Campitos. ¡Don Miguél...

Don Miguel. ¡A callar he dicho!

Lolita. No lo has dicho, papá.

Don Miguel. ¡Silencio! (A Campitos.) Por lo visto, señor mío, usted es de Aragón...

Campitos. No, señó; soy de aquí.

Don Miguel. ¡De Aragón!

Campitos. Como a usté le paresca.

Don Miguel. Dice usted: por aquí meto la cabeza, y aunque se estrelle.

Campitos. ¡Don Miguél...

Don Miguel. Y tú, hija mía...

Lolita. ¡Papá!...

Soledad. Bueno, hombre; compadécete de ellos y no les hagas más sufrir. Tu padre consiente vuestras relaciones y os da permiso para que os caséis.

Lolita. ¿De verdad?

Don Miguel. (Con los brazos abiertos.) ¡A mis brazos, hijos míos! (Los dos muchachos se precipitan en ellos.)

Lolita. ¡Papá!

Campitos. ¡Don Migué!...

Don Miguel. A los buenos oficios de Soledad tenéis que agradecerlo.

Lolita. Gracias, Soledad.

Campitos. (Loco de alegría.) ¡Muchas grasias! Y aunque Perico diga que blasfemo... ¡Es usté una santa, señora!

Soledad. ¡Ah! ¿Pero Perico dice eso? ¿Y sabe usted por qué? Pues porque no le consiento que fume tabaco de contrabando. Y no se lo consiento, en memoria de mi marido, que en paz descanse, que no toleraba que en su presencia fumase nadie de contrabando... ¡más que él!

(Por la derecha salen CLARA y PERICO VERA y, al verlos, corren hacia ellos Lolita y Campitos a comunicarles la buena nueva. Soledad y don Miguel se quedan al fondo izquierda, hablando muy amartelados.)

Lolita. ¡Clara!

Campitos. ¡Perico!

Lolita. ¿No sabéis la noticia?

Clara. ¿Qué noticia?

Lolita. ¡Que mi padre consiente que nos casemos!

Perico Vera. ¡Ah! ¿Sí?

Clara. ¡Que sea enhorabuena!

Perico Vera. Pero vosotros quisá que no sepáis la otra.

Lolita. ¿Cual?

Perico Vera. (Señalandoles a la pareja que forman don Miguel y Soledad.) ¡Mira!

Lolita. ¡Ah! ¿Pero?...

Clara. ¡Todos felices!

Campitos. ¡Más vale así!

Lolita. ¡Y bueno, Pepe; desde ahora te lo advierto, para que no te coja de sorpresa! Ya conoces mi opinión respecto a los maridos. ¡De mi lado no te has de separar; irás conmigo a todas partes y no saldrás de casa sin llevar a mi persona de tu brazo! ¿Te enteras bien?

Campitos. ¡Pero, mujé; qué tiranía!

Perico Vera. Prefiérela. Esta, por lo menos, te lo avisa con tiempo y no te engaña.

Clara. Oye, ¿es que te he engañado yo, acaso?

(Clara y Perico pasan al centro de la escena, y Lolita y Campitos se quedan al fondo derecha, hablando amorosamente.)

Perico Vera. ¿Y tiés való de preguntarlo? Pos dónde está tó aqueyo que tú desías... (Imitando el tono de la actriz al decir las frases que siguen.) «Porque a mí, si mi marío me resurtase mujeriego y libre, más me gustaría que otra cosa, porque así sabría apresiá mejó lo que valía mi cariño, comparándolo con er de las demás, que no sin separarse de mi lao.» ¿Dónde está eso? ¿Dónde está mi libertá, si eres der cuerpo de prisiones?

Clara. ¡Perico!

Perico Vera. ¡Si me has anulao, si me has convertío en un reló de paré, si me lo escatimas tó, si ni escribirle he podío a Campitos en estos dos meses, porque no he tenío er reá pa er seyo!...

Clara. ¡Perico! Pero, ¿te quejas tú de mí?

Perico Vera. No me quejo. ¡Me lamento nada más!

Don Miguel. (Estrechando las manos de Soledad, en actitud cómicamente amorosa.) ¡Soledad!

Soledad. (En romántico.) ¡Miguel!

Campitos. (Estrechando las manos de Lolita, con pasión.) ¡Lolita!

Lolita. (Con alegría.) ¡Pepe!

Clara. (En tono de dulce reproche.) ¡Perico!

Perico Vera. (Abrazando a su mujer.) ¡Clara! (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Granada, Valencia, Córdoba, Madrid.
Noviembre abril.—1923 1924.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Cuarta edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El patio de los naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.
La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.
La caseta de la feria, comedia en tres actos.
Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición)
La mujer de su casa, sainete.
El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.
Inmaculada, comedia en tres actos.
Constantino Plá, comedia en tres actos.
El clavo, comedia en tres actos.
El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.
El primo, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

Sucesor de R. Velasco.—Teléf. 5-51 M.
Marqués de Santa Ana, 11 duplicado